

# Plus Ultra









## UN RETRATO DE FELIPE II

La grande y sombría figura de Felipe II tiene un interés histórico que no disminuye; antes, se aviva con el tiempo. A los americanos nos interesa particularmente por que fué soberano de América, y la parte más importante de las leyes de Indias es de la época de su reinado. Este retrato del «demonio del mediodía», pintado por el inmortal Tiziano, fué hecho en Ausburgo, en 1550, y del natural. La historia del cuadro se conoce perfectamente, hasta que llegó a mano de Franz von Lenbach y después a poder de sir Hugo Lane. Este lo vendió a la señora Emery, de Cincinnati (Estados Unidos) en la suma de 80.000 libras esterlinas, y la señora Emery lo ha obsequiado al Museo Artístico de su ciudad natal.

Como hemos dicho, la historia de este retrato es perfectamente conocida. En el archivo de Simancas hay documentos que prueban que Tiziano estuvo trabajando para el príncipe Felipe — sólo cinco años después fué rey — y queda constancia de los pagos que se le hicieron, uno de ellos, de 60 escudos de oro, el 19 de diciembre de 1550. Este retrato, con el de Francisco II, estaban en casa del pintor, cuando éste murió, en Venecia, en 1576. El hijo del Tiziano derrochó en poco tiempo su fortuna, y en 1581 vendió la casa a Cristóbal Barberigo. Crowe y Cavalcoiello lo vieron, en 1877, en poder de Sebastian Justiniano Barberigo, de Pádua. A la familia de éste lo compró el profesor von Lenbach, durante su permanencia en Roma, y su viuda lo vendió a un comerciante inglés, a quien se lo compró sir Hugo Lane, quien, como ya dijimos, lo vendió a la señora Emery, en 80.000 libras esterlinas.

El célebre pintor veneciano, artista predilecto de los soberanos de su época, de vida tan larga que abrazó tres generaciones (nació en 1477, muriendo en 1576), reproduce fielmente la fisonomía del discutido monarca, a quien unos execran y otros defienden.

A los 87 años, aun trabajaba el Tiziano para Felipe II, por encargo del cual pintó varias obras, con tanta maestría como falta de suerte.

Hoy día cualquier pintor de mediana firma

recibe en pago cantidades que el gran colorista no hubiera soñado. Refiriéndose a esto, dice una carta de la época: «Dicen (de la «Magdalena», uno de sus mejores cuadros) los que se entienden del arte, que la mejor cosa que ha hecho Tiziano. Para que Tiziano trabaje de buena gana, embíele Vuesa Merced los dineros que tiene para él y los que ha de aver de su entretenimiento, que son 400 escudos de dos años pasados». Doscientos escudos por año, o sea, unos cien pesos oro, no re-

sultan, en verdad, una renta digna de un genio.

Compárense estos dineros escasos y morosamente pagados, con los miles de libras esterlinas que por uno de sus cuadros, el retrato que reproducimos y que no es indudablemente su obra maestra, se pagan ahora, cuando el inmortal artista no puede gozar ni el consuelo del alto valor pecuniario alcanzado por sus telas. Caramente, a fuerza de humillaciones y miserias, el gran Tiziano Vercelío compró la inmortalidad y la admiración.



## LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio, y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.





## DOS TAPICES CÉLEBRES



«DON QUIJOTE ENJAULADO», TAPIZ DE VANDERGOTEN.

El acrecentamiento asombroso del comercio americano con España, tiene indudablemente su origen en las anormales condiciones de Europa en general; pero débese al Rey Alfonso un marcado interés en despertar el gusto americano por el arte español. Eficaz demostración de ello es que el joven monarca, rompiendo hasta cierto punto con tradicionales costumbres, ha consentido en facilitar los famosos tapices de la Real Casa para que se exhiban en Norte América — preciosas joyas que datan de varias centurias, incluyendo el período de la dominación de los moros y de los días gloriosos del Toisón y de la Flota Dorada.

Ninguna de esas joyas salió nunca fuera de la tierra española, y la mayor parte de ellas, que pertenece al siglo XVIII, no había sido removida, siquiera, de los muros del Palacio del Pardo.

Esa aquiescente resolución del Rey la procuró y obtuvo sin gran esfuerzo, un amigo suyo, un americano en cuya amorosa afición por las cosas españolas, creemos ver un rasgo ancestral de esos que, por fuertes y enérgicos, más que borra y deslucen el tiempo, los acentúa y endurece.

Este norteamericano es el mismo que hace veinte años emprendió fruc-

tuosas investigaciones arqueológicas en las ruinas de Itálica; el mismo que, más que por su oro, por su opulenta minerva, ha producido riquísima traducción del Poema del Cid y hecho reproducir las curiosas traducciones del Quijote, como la de Juan de la Cuesta, de 1605, y la Edición Príncipe; es, en fin, el señor Archer M. Huntington, distinguidísimo hispanista.

El Mecenaz de los artistas Sorolla, Zuloaga, Granados, — para no citar sino los más conocidos — ofreció su hogar intelectual para dar allí albergue muy transitorio, pero espléndido, a los antiguos huéspedes del Palacio del Pardo. Y hete allí que el museo de joyas bibliográficas y de preciosidades históricas y artísticas denominado «Hispanic Society of America» — que el señor Huntington fundó y del cual es Presidente — se convirtió en la Meca de los cultivadores del arte de la decoración y de los entusiastas *amateurs*, convocados allí para admirar una de las colecciones más valiosas y raras que existen en el mundo en materia de tapicería.



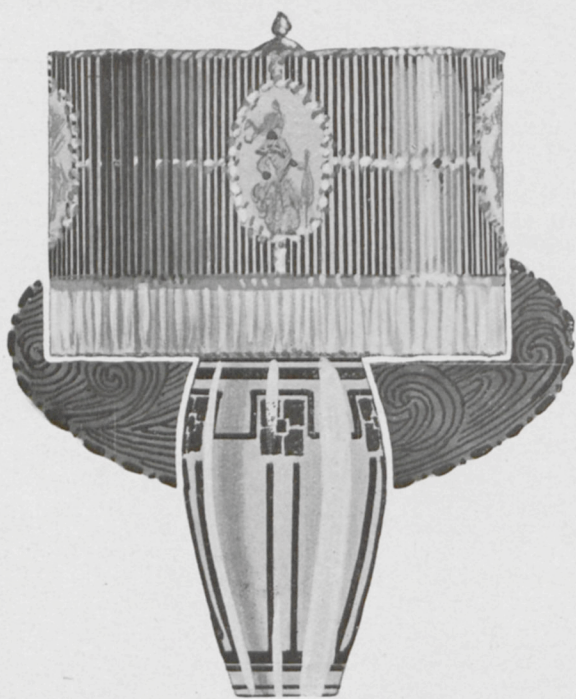
«EL PAPALOTE», CÉLEBRE CUADRO DE GOYA.

# Metropol Bazar

F. STAROPOLSKI

Casa Argentina

340, C. Pellegrini - Buenos Aires



LA CASA MAS SURTIDA  
en adornos, floreros, fantasías,  
macetas, porcelanas, cristales,  
lámparas, bronce, etc., etc., de  
buen gusto a precios módicos.

JUGUETES MODERNOS.



Unica casa especial en fantasías  
— Exposición permanente —

IMPORTACION DIRECTA

METROPOL BAZAR





La riqueza de la savia que las raíces absorben a la tierra,  
da fuerza al tronco y frondosidad vigorosa a su ramaje.

## IPERBIOTINA MALESCI

es un concentrado de vitalidad extraído de la Naturaleza para que, al circular en forma de savia por las venas, lleve fuerza y robustez al cuerpo humano.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).  
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario - Importador en la República Argentina.  
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.



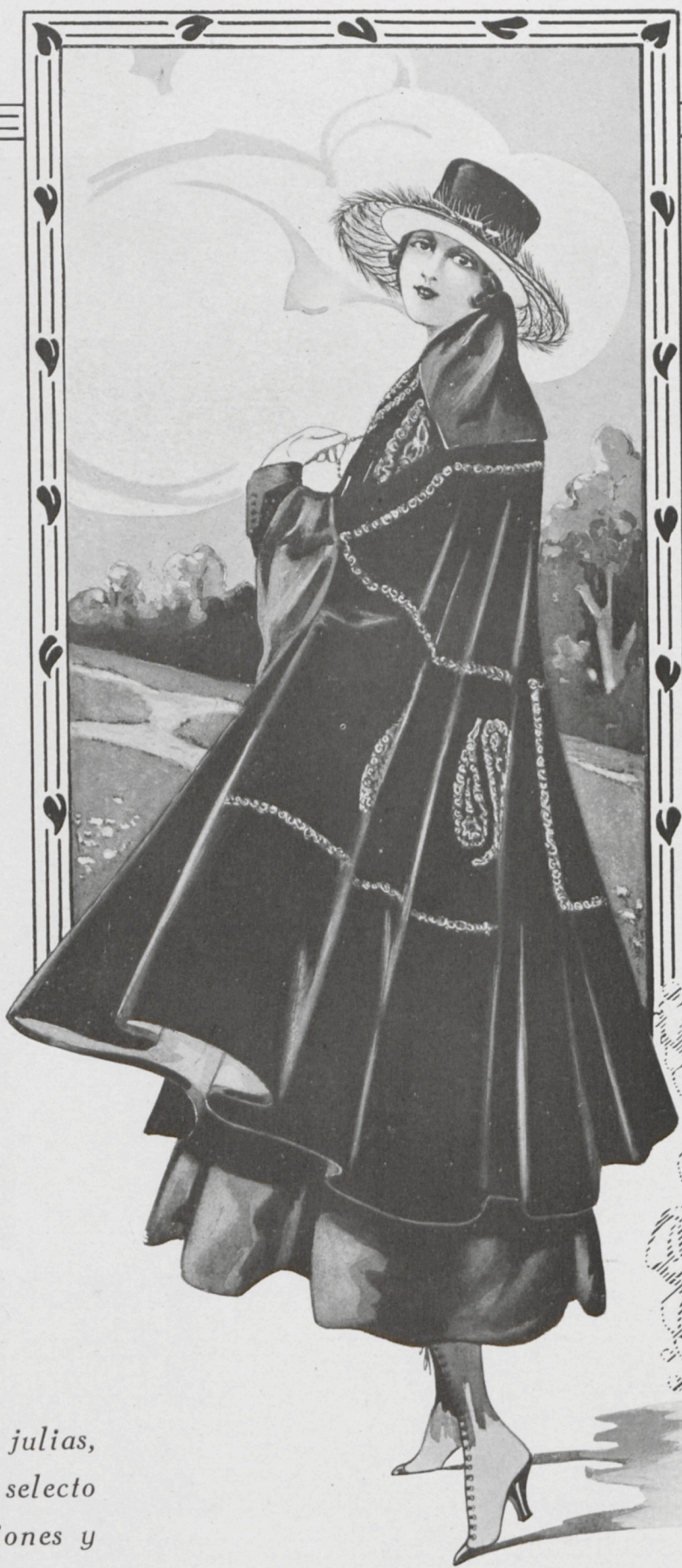


## Harrods

*es la Casa de Calidad, Distinción y Moda, impuesta como el más alto exponente de buen gusto, en el ánimo de su distinguida clientela y del público en general.*

*Harrods ha obtenido el concurso de notables "premiéres", procedentes de las más importantes Casas de Modas de París, para crear exclusividades en Tapados, Vestidos de recepción, Trajes tailleur, Fantasía, Sombreros, Blusas, etc., de acuerdo con las tendencias de la moda y las modalidades de la sociedad argentina.*

*Para las próximas fiestas julias, HARRODS exhibe un selecto y rico surtido de creaciones y novedades para fiestas, soirées, paseos, etc., en sus Departamentos de Señoras, Señoritas, Niñas, Niños y Caballeros, atendiendo complacidos cualquier consulta y pedido que se nos remita.*



## Harrods

FLORIDA 877  
Y PARAGUAY 554

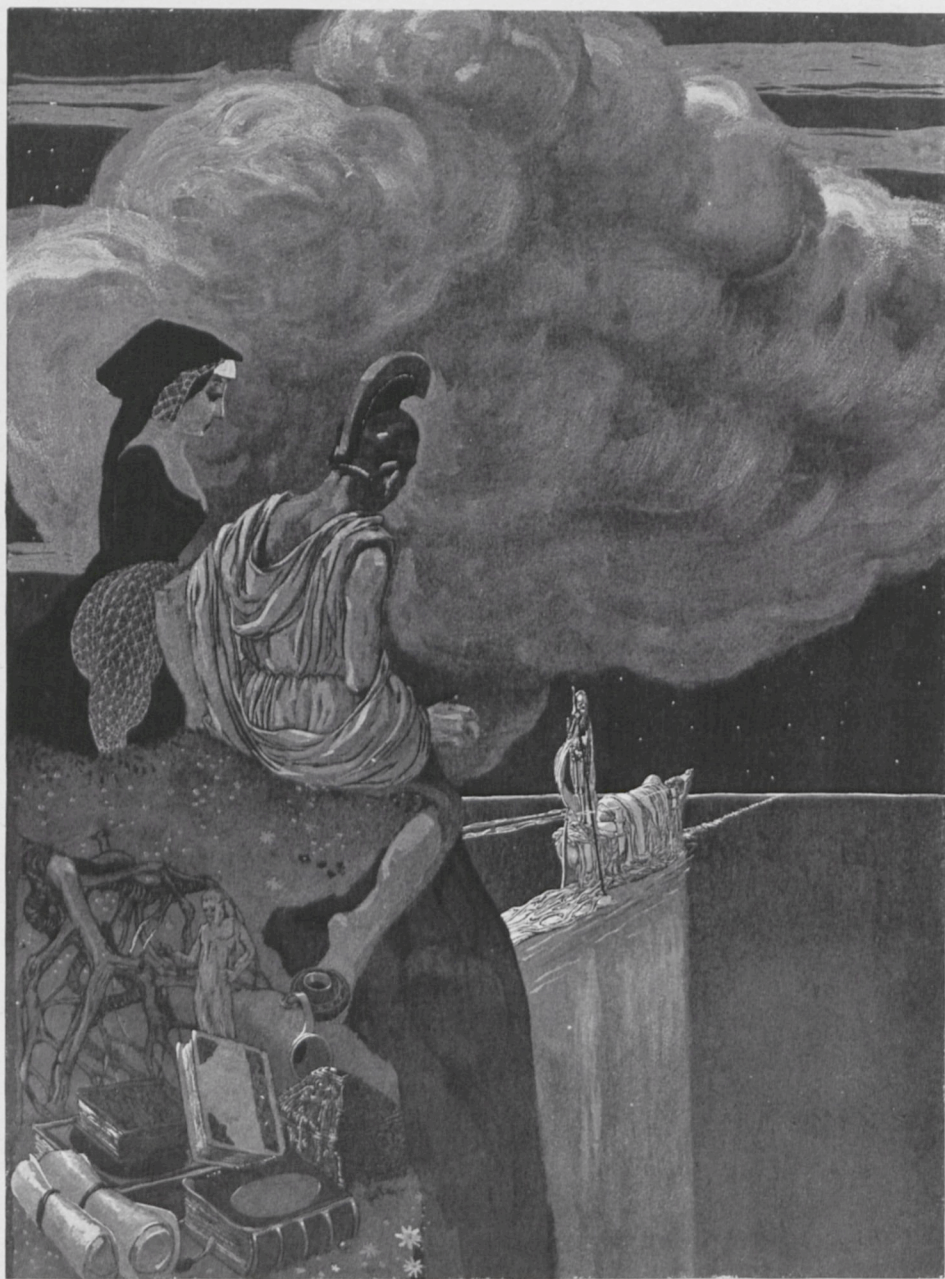




A LA SALIDA DEL COLÓN

GOUACHE DE ÁLVAREZ.





ECTOR: Tú que tanto admirabas a Rodó, tendrás que aceptar estas líneas que son, no de homenaje, que fuera insignificante, sino de amor al maestro. Y como son para él, quisiera que en ellas hubiera nobleza y claridad; nada de retórica; nada de literatismo.

Pues bien, amigo lector, ¿no has pensado en que ahora es cuando emprende el espíritu de Rodó el viaje triunfal? No lo digo porque se haya desligado de la carne y de los afanes cotidianos, tantas veces dolorosos, menos por creer que así ha llegado a una inmortalidad más alta y pura; no, no es por esto, es que yo veo, que ahora, ante el cadáver de nuestro gran amigo, se reúne todo lo más grande del pasado, en homenaje fúnebre y triunfal.

Tu alma de artista, querido lector, lo podrá ver sin esfuerzo. ¿No lo ve ya? Estamos en Italia; el cadáver de Rodó tiene que ser embarcado mañana; lo han depositado en el gran salón de un palacio de mármol blanco. Mas no consiguen los paños negros, ni los cirios, ni las cruces, hacernos olvidar que

aquellos mármoles fueron hechos para los antiguos dioses. En esa hornacina, a través de la madona que hoy la ocupa, vemos una vieja divinidad tutelar...

Va cayendo la tarde. Italia, primavera, cerca de la costa mediterránea. Canta el vago son del mar, el viento suspira entre las vides y desprende de los almendros en flor su nieve perfumada. El último resplandor crepuscular se refleja en los mármoles; en la frente bicorne de un sátiro finge el juego de luces y de sombras un palpitante de venas y como cendal de ensueño se extiende sobre el campo la niebla marina. Una lámpara cristiana da livideces al rostro de Rodó y un Cristo estira sus brazos en esa inacabable agonía de veinte siglos... ¡Ahora, ahora!

Es una procesión de sombras blancas; aquella a través de cuya túnica se adivina recia complexión de atleta, es Miguel Angel; esa otra austera, profunda, meditativa, debe de ser Dante; la que sonríe como un niño en sueños, sin duda es Petrarca; aquella más lejana, tan imperial y augusta, será el Papa Julio...

Y hay muchas más.

Olivereto de Fermo, el que dejó un puñal y un soneto, y fué retratado desnudo, el inquieto Cellini, el judío León Hebreo; todo aquel mundo magnífico que volvió los ojos hacia la grandeza antigua, para reconfortar así su fe en lo porvenir y gritar ¡adelante!... Que siendo tan bravo sabía consumirse de amor con Catalina y Francisco y la dulce Clara... Se inclinaron sobre el rico ataúd suavemente, desfallecidamente, como los sauces románticos, sobre los sepulcros olvidados y dijeron:

— ¡Hermano!

Después en el mar; el mar latino. En el rumor de las olas, ¿no tiembla elegiaca la voz de Orfeo? En la espuma de las olas, ¿no hay marmóreos senos de mujer? ¿No hay en el rayo verde, el eterno ensueño, que surge del mar, la atracción fatal de la sirena?

Y el barco avanza gallardamente. Todo el mar latino se aquieta con unción para ver pasar el cadáver de Rodó, y las olas y los vientos dicen:

— ¡Hermano!

— ¡Ah, frente a Calpe! Hércules y Atlántida; bailarinas de Gades y el «plus ultra» que nos coloca en la ruta de Colón. ¿No vibra en este ¡más allá! la voz de Rodó?

En su ansia por mundos mejores, por más claridad y más armonía, ¿no vive la palabra del maestro? Y como los nautas heroicos enderezaron la proa hacia el Catay maravilloso, viene el cadáver de Rodó, viene su alma, hacia las tierras de América, que para su amor eran de maravilla. Y no viene solo; no olvidan los navegantes españoles que ha cuatro siglos hicieron ese camino, que este glorioso maestro renovó el lustre de su habla y cuando ya el Teide está lejos, surgen del mar voces de aventureros, de frailes y capitanes que con la recia palabra de Castilla dicen al espíritu de Rodó:

— ¡Hermano!

El barco avanza gallardamente... Inmensidad del mar que tantas veces suspendiste de admiración; los ojos de Rodó; infinitud del cielo que «nos mira aunque no le miremos», ¿será vano el anhelo del hombre y nuestra esperanza nada más que un pequeño rumor en el ciego concierto universal de seres y de cosas? Es que al encontrarnos ante esta magnificencia aplastadora de los mares, ¡nos sentimos tan pequeños! ¿Se perderá todo? Nos parece el mar el gran abismo devorador de pueblos; bajo estas olas duerme Atlántida, como bajo nosotros toda la historia, y nuestra ilusión al evocarla no es más que un lloro que anuncia la derrota inevitable.

¿Se perderá todo? Viene el cadáver de Rodó por la inmensidad del mar... Ni los genios de Italia, ni las sombras paganas, ni las voces españolas; todo se ha extinguido y en el gran rumor sin palabras que llena el aire, no encontramos ni un sonido amigo. Y es la noche que llega una desoladora negación.

Mas he aquí que se encienden las estrellas y ya no estamos tan solos, pues la ilusión tiene con quien entablar diálogo. Y no nos creemos tan pobres, pues sabemos comprenderlas. Noche magnífica; dijérase que entre la sombra avanza el barco más rápidamente. Ya cerca de la costa americana; en el barco se agitan los marineros; son los preparativos de la llegada... Y cuando colocaron sobre el puente el ataúd de Rodó, se rasgaron las nubes. Apareció clara y diamantina la Cruz del Sur, la luz sin Cristo para que así, como quiere Fogazaro, los grandes ideales puedan clavarse en ella en la gloriosa exaltación de los martirios. La Cruz del Sur miró el cadáver de Rodó y dijo:

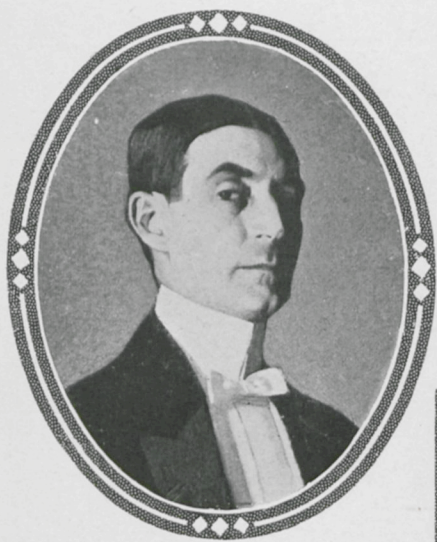
— ¡Hijo mío!

Nada más, lector. ¿Fantasía, realidad, símbolo? Lo que tú quieras, que yo no lo sé. Pero me parece que Rodó, enamorado de la antigua Grecia, del renacimiento italiano, de la España heroica y de la epopeya americana, es hermano de todo esto, pero hijo únicamente de esa cruz que para los poetas significa: claridad, ideal, altura de pensamiento. Rodó, para verla, no necesitaba mirar al cielo; era suficiente con que volviera los ojos al propio corazón.

DIBUJO DE SIRIO.







RETRATO DE DON CARLOS REYLES, EJECUTADO EN PARÍS POR EL ILUSTRE PINTOR VASCO IGNACIO ZULOAGA.

En sentido general, una de las cosas que facilitan el rápido conocimiento de cada persona, es la forma que tiene de vivir. Cuando el hombre adquiere independencia en la vida, empieza a rodearse, por refinamiento, de todo lo que resulta de acuerdo con sus inclinaciones estéticas.

En Buenos Aires, donde la falta de sensibilidad ha hecho que la mayoría de los hogares estén presentados, no con el gusto de los dueños, sino con el de los fabricantes de muebles, es raro encontrar una casa donde se descubra el criterio artístico de su propietario. Apartándose de las corrientes gene-

# Mansiones artísticas La casa de Don Carlos Reyles



que puede hacerse en el país, ya que los muebles no antiguos y la mayoría de los detalles son debidos a la industria argentina.

Un gran frente de carácter conventual sirve de entrada al hall, que contiene rica sillería «Jacobean» y un precioso banco con tallas hispano-incásicas, procedente de una iglesia colonial de Chile. Sobre la tapicería «Poiret-Martine», de tonos subidos, se ven algunas tablas estofadas del renacimiento, representando escenas místicas, y varios cuadros de la escuela moderna, entre ellos el retrato de Tórtola Valencia, ejecutado por Anselmo Miguel Nieto y las «Mujeres en el palco», de Anglada Camarasa.

Dos puertas laterales conducen al comedor y al estudio, respectivamente. El primero, amueblado a la manera típica del siglo XVII, tiende a reconstruir el ambiente señorial de los antiguos castillos españoles. Una gran chimenea luce su bella arquitectura desde el fondo, viéndose a sus costados dos artísticos faroles sostenidos por chuzos de madera dorada; en la hornacina del centro hay un jarro morisco, de cobre repujado con incrustaciones de plata.

Los muros imitan piedra berroqueña con pátina de antigüedad, sustentando la viguería de la techumbre, trabajada al estilo churriguero. Completan el decorado de esta pieza dos



COMEDOR DECORADO A LA USANZA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII. EN ÉL SE DESTACA LA CHIMENEA DE ESTILO BARROCO, LA VIGUERÍA DEL TECHO ARTÍSTICAMENTE LABRADA Y UNA PRECIOSA LÁMPARA DE HIERRO FORJADO, QUE IMITA ANTIGUOS HACHEROS.

rales, y utilizando sus conocimientos en el arte tradicional hispano, el ilustre novelista don Carlos Reyles, ha hecho de su amable y aristocrático retiro de la calle Montevideo un lugar donde armonizan perfectamente los muebles de antigua estructura, con las exigencias del confort moderno.

El decorado de las salas puede considerarse como una acabada muestra de lo



BIBLIOTECA DE CARÁCTER HISPANO. SOBRE LAS PAREDES, TAPIZADAS DE DAMASCO ROJO, SE VEN ALGUNOS HERMOSOS CUADROS DE PINTORES MODERNOS. LA PAVIMENTACIÓN ESTÁ CUBIERTA CON VARIOS PONCHOS INCÁSICOS, Y UN BELLO TAPIZ DE ESTILO PERSA.

BARGUEÑO ESPAÑOL AUTÉNTICO, DE FINES DEL SIGLO XVI. INTERIORMENTE PRESENTA RICAS INCrustACIONES DE HUESO, DORADAS Y ESMALTADAS.



sillones fraileros tachonados, varias sillas con asientos y respaldos de viejos terciopelos del Perú, un arcón vasco auténtico, y dos hermosos cuadros; uno de ellos copia la figura de una dama, que luce atavíos a la moda de Isabel II.

Como detalle de buen gusto, merece atención la bandeja de plata repujada llena de frutas naturales, que se destaca en la mesa, sobre un rico tapete de damasco amarillo.

Otra de las estancias que ofrece especial interés es el cuarto de baño, construido al gusto oriental. El arco de la tina es una sencilla reproducción de los que existen en algunas construcciones andaluzas del tiempo de los árabes. Los azulejos del basamento proceden de Triana y pertenecieron a un antiguo palacio de Lima, donde fueron llevados en la época de los virreyes. Tanto la lámpara como el pebetero colocado en su taburete junto a un tapiz de Persia, son propios de la industria marroquí.

Otra de las salas revela las influencias del arte asiático. Sobre las telas de labores indúes, que cubren las paredes, resaltan auténticas vitelas chinas iluminadas a la acuarela. Los muebles, de pies curvados, están embellecidos con lacas y esmaltes.

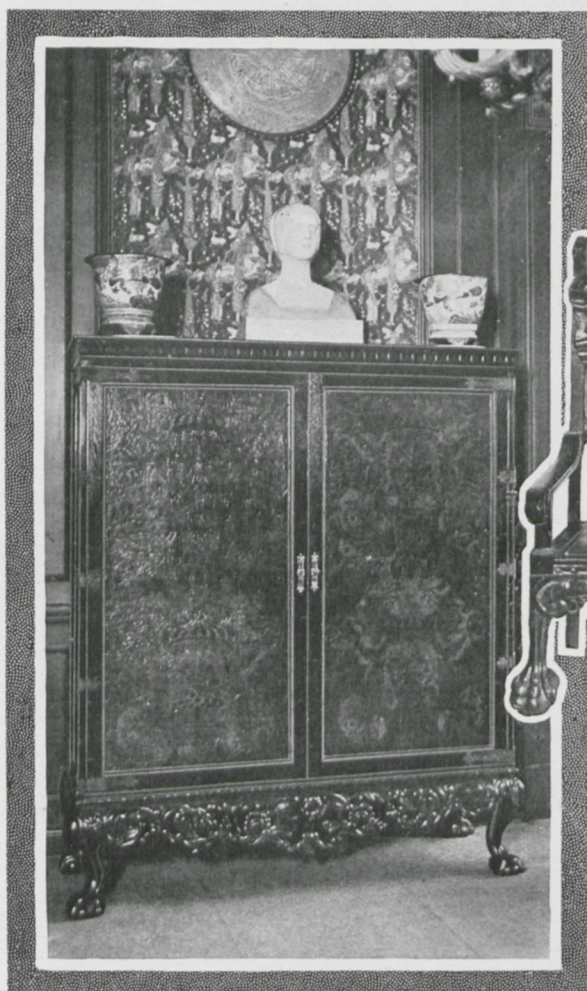
El sitio preferente de la casa es el estudio. Su artesonado y la escocia que lo rodea, recuerdan

«La joven de la Tanagra» y «Las dos sendas», de Julio Romero de Torres, el último premiado con medalla de honor en la Exposición de Munich de 1912; dos majas de Nestor, un paisaje de Mir, y el retrato del dueño, por Ignacio Zuloaga, obra que pasará a la posteridad junto con toda la labor del ilustre artista.

Como se ve, las cosas que se guardan en esta vivienda, son depuradas y de buen tono, siendo sus estilos los que han empezado a predominar en el gusto moderno.

Los principios aristocráticos que rigen en muchas familias de posición elevada, han ido creando en la sociedad, ciertas necesidades que tienden a establecer definitivamente la llamada diferencia de clases.

Esto ha ocasionado un mayor refinamiento en las costumbres, despertándose la afición por todo lo que contribuye a engrandecer el prestigio de las



MUEBLE DE ESTILO «JACOBEO», CON PANELES DE ANTIGUOS CUEROS DE CÓRDOBA. SUSTENTA UN BELLO MÁRMOL Y DOS AUTÉNTICOS JARRONES JAPONESES.



personas distinguidas.

Tomando como ejemplo la vida de los potentados europeos, en Norte América fué donde primero se cultivó el gusto por los objetos antiguos y de valor. A este propósito, conviene recordar al célebre neoyorquino Morgan, que en la exposición de arte retrospectivo celebrada hace algunos años en Granada, llegó a ofrecer hasta tres millones de pesetas por un famoso tríptico de porcelana de Limoges, que se conserva actualmente en el museo de dicha ciudad.

También en las altas esferas sociales del país, se viene desarrollando una era de renovación y depuración artística, más de acuerdo con el espíritu tradicional. Los muebles coloniales, que se guardaban en las iglesias y conventos, son buscados hoy con interés por los coleccionistas, hallándose la mayoría de ellos adornando los palacios y casas particulares de Buenos Aires.

Al volver la moda hacia lo severo y de carácter señorial, han vuelto a usarse las maderas oscuras, como la caoba, el jacarandá, etc., combinadas con sedas, damascos y terciopelos de colores sombríos; las habitaciones alhajadas en dicha forma, son revestidas con viejos tapices o telas bizantinas.

En contraposición con las nuevas orientaciones, los muebles frívolos y elegantes del siglo XVIII francés han decaído, dando su preferencia a los nombrados anteriormente, que son los que conservan más puras las características de la vieja cepa colonial.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



UN FRENTE DEL ESTUDIO. — LA CHIMENEA ES DE ESTILO BARROCO, CUYAS TALLAS FORMAN ARTÍSTICOS RELIEVES SOBRE EL DAMASCO DE LOS MUROS. EN EL CENTRO PENDE UN CUADRO DE ZULOAGA, REPRESENTANDO UNA ANDALUZA.



BAÑO DE CARÁCTER ORIENTAL. — EL BASAMENTO ESTÁ FORMADO CON UNA COLECCIÓN DE AZULEJOS, PROCEDENTES DE UN VIEJO PALACIO DEL PERÚ.



un magnífico ejemplar existente en Toledo. La biblioteca que da vuelta al salón, sustenta diferentes objetos de adorno, destacándose una cabeza de Apolo, hecha en alabastro y sacada de las excavaciones de Delfos, en Grecia.

En la chimenea colonial, cuyas tallas resaltan sobre el damasco rojo de los muros, se ven dos pequeñas estatuas egipcias, debidas al escultor uruguayo Zorrilla de San Martín, hijo del poeta del mismo nombre.

Sirve de alfombra un hermoso tapiz de Bagdad y varios ponchos incásicos. Los sillones están revestidos de ricos terciopelos bordados con hilo de oro, trabajo español muy artístico y elegante. Entre los cuadros que embellecen el salón, figuran





ARTE CONTEMPORÁNEO

VIEJOS HOLANDESES  
ÓLEO DE RICHARD HALL.





Su nombre era Lilian, pero la llamaban Lily.

Por la época en que comienza esta historia, actuaba como «chorus girl» en uno de los teatros de Londres.

Alta, esbelta, tenía los ojos azules de su raza y la boca más bella y provocativa del mundo. La adorable cabecita coronada por cabellos abundantes, de un rubio que tiraba a rojo, —ese rojo indefinible, predilecto del Ticiano,— era fina, delicada, luminosa; sobre todo cuando, desprendidos aquéllos del carey que los mantenía aprisionados arriba de la nuca, los dejaba «Lily» caer sobre los hombros y las espaldas en cascadas de oro que, a los reflejos rutilantes del escenario, adquirían ondulaciones de fuego.

Alegre, parlara, había cierto hechizo infantil en su gracia esencialmente femenina. Susceptible de todas las curiosidades y de todas las asimilaciones, gustaba de la música, de los dulces, de los objetos raros y de los lindos sombreros. Tenía, por lo demás, tendencia instintiva hacia lo refinado, lo verdaderamente artístico y de buen gusto. Nacida en hogar modesto y de cortos recursos, suspiraba a solas por lo que veía fuera de su alcance. Pero la extraordinaria dosis de sentido común con que la naturaleza la había dotado, hacíala entregarse a la dulce y amable filosofía de los que «saben esperar», previendo que algún día llegarán tiempos mejores.

Desdeñaba, entretanto, todo lo que era mediocre, y antes que abandonarse a un amorcillo pasajero y «a pura pérdida», —según su expresión,— prefería entretenerse con el piano, con las flores y con los gatos de Angora, por los cuales mostraba verdadera ternura.

La idea de entrar al teatro, que la había seducido más de una vez con el fascinador e irresistible miraje que, en cierto medio social, suele atraer a las jóvenes de carácter independiente, sobre todo en Inglaterra, concluyó un buen día por dominarla en absoluto.

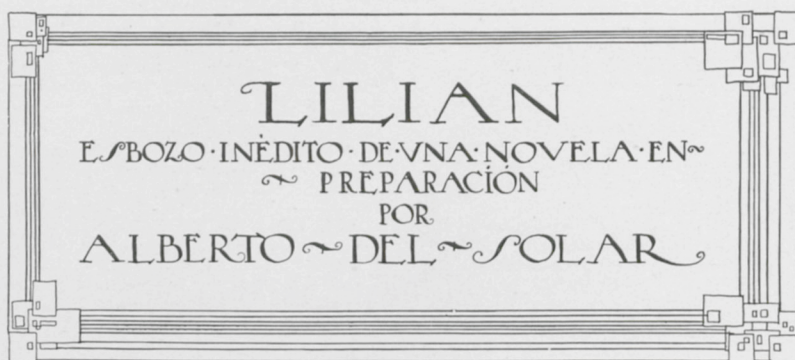
Figuraba Lily Moore, todas las noches, en *The Dollar Princess*, obra popularísima que por entonces llevaba ya más de mil representaciones sucesivas en el Gaiety ante el inagotable público de la gran metrópoli inglesa. Aparecía la muchacha, e, invariablemente, al tomar colocación en su puesto, dirigía los ojos hacia la primera fila de stalls, en uno de los cuales —invariablemente también— se veía la cara pálida de un joven vestido con correcta elegancia; pero delicado, casi enfermizo de aspecto.

Delgado, moreno, de estatura mediana, tenía el cabello obscuro y las facciones finas y regulares. Observábase, al punto, que el asiduo concurrente a las veladas del Gaiety no iba allí por el espectáculo, ya visto cien veces, sino por el interés que le inspiraba aquella linda muchacha cuyos ojos de cielo parecían calmar dulcemente la angustia de sus miradas de condenado a algún infierno terrestre: el de los celos, quizás. Sus grandes cejas y pestañas, negras como el bigote y el cabello, su expresión deprimida, casi doliente, denotaban un temperamento del todo opuesto al que caracteriza al joven británico en general.

Ella, la bella Lily, determinaba, por su parte, en aquellos propios momentos el más hondo contraste —tanto por la expresión como por la actitud— con aquel personaje exótico, a quien debían ligarla, sin embargo, lazos de simpatía, ya que no vacilaba en mirarle sin disimulo, dentro de un ambiente tan riguroso como el que se respira en el recinto de los teatros londinenses. Los ojos de Lily chispeaban de alegría sana, mientras su busto, airoso, esbelto y perturbador, se mecía al compás de la música, en el ritmo de una ondulación uniforme y cadenciosa, impuesta por el maestro de coros, colectivamente, a todo aquel grupo de preciosas «girls», cuyos trajes pintorescos, pero de suaves tonos, maticaban con armonía perfecta el fondo del escenario, convertido en ascuas de luz, y en poema de color.

La historia, hasta allí, era breve y sencilla. El joven extranjero, oriundo de una república de la América del Sur, Colombia, comenzó por admirar a Lilian por sus formas esculturales, sus labios rojos, su gracia y alegría, y concluyó amándola locamente. Lilian reía, —con aquella sonora y cristalina risa suya que dejaba ver las dos hileras de magníficos dientes, blancos y brillantes como granos de maíz en flor,— reía ante tal pasión, calificada por ella de «awfully silly»; pero que halagaba sin embargo su amor propio.

Servando Lara —así se llamaba el joven— poseía bienes de fortuna y era soñador, romántico por naturaleza. Alejado de la sociedad mundana allá en su sencilla tierra natal donde viviera en compañía de su madre, viuda y achacosa, había llegado a Europa solo y con todas las ilusiones de un in-



genio. Creía en el amor ideal. Había cumplido ya treinta años y, no obstante, seguía viendo el mundo a través del cristal color de rosa con que algunos hombres —muy pocos— suelen todavía a esa edad ver transformadas en pétalos hasta las gramillas más humildes.

Lilian se distraía con la sociedad de Servando al cual daba el sobrenombre de *Jack in the box*, con motivo de los sobresaltos que solía darle el mozo al salir en ocasiones brusca y repentinamente de su melancólico mutismo para instarla, con pasión tropical y en forma casi contundente, a que abandonara el teatro para irse a vivir con él a Colombia: es decir, según Lily, «en los confines del mundo».

Pero la chica resultaba intransigente en tal materia. ¡No habría cambiado jamás la realidad de sus alegres cenas nocturnas y su «cosy flat» de *Cadogan Gardens* por los misterios de un país lejano y «desconocido», en compañía de un camarada tan triste!

Pasó un año, al cabo del cual, abatido por las contrariedades que le ocasionara su no correspondido amor, —según su manera de entenderlo;— viendo el mundo, no ya como a su llegada, color de ilusión, sino color de desencanto; neurasténico en grado alarmante, decidió regresar a su país.

Hacia ya varios meses que sufría, para colmo de desventura, de la vista. Un ardor permanente en las pupilas, cierta extraña sensación de pesantez en los párpados determinaban síntomas a los cuales no dió importancia al principio; pero que concluyeron por preocuparlo.

Consultó un médico especialista, quien, después de examinarlo detenidamente, no ocultó su perplejidad: aquellos síntomas parecían sorprenderlo, perturbarlo.

Ensayó varios medicamentos: colirios minerales; extractos de yerbas; aplicaciones eléctricas —sin resultado. El ardor en las pupilas persistía; la pesadez de los párpados se hacía cada vez mayor...

Servando perdió la paciencia y el ánimo: resolvió no seguir consultando a aquel facultativo con el cual, a su juicio «estaba perdiendo el tiempo y su dinero». En una hora de cansancio, de falta de fe y de repentino anhelo por volver al lado de su madre, al ver anunciada en un periódico la próxima salida de uno de los vapores que realizan la carrera entre Southampton y la América Central, resolvió embarcarse.

Antes de hacerlo, escribió un billete a Lilian, misiva que envió acompañada del regalillo habitual, y cuando llegó la fecha de la partida del transatlántico dijo adiós «para siempre», —según lo había expresado al grupo de compatriotas amigos con quienes comiera la víspera en uno de los restaurants

más alegres de Piccadilly, —dijo adiós a aquel soberbio y grandioso Londres que tanto le había hecho gozar y tanto le había hecho sufrir.

Desaparecido Servando, Lily siguió su acostumbrado género de vida en la metrópoli. Sabemos ya que, linda como una flor de primavera, había resuelto sacar de esa belleza los mayores resultados posibles. A los pocos días de embarcado el extranjero, se había olvidado ya hasta de la existencia de su melancólico festejante.

Muere en Colombia la madre de Lara y éste ve agravarse aún la enfermedad a la vista, que le aflige.

Poco después queda, a más de huérfano, ciego; pero con los amplios medios materiales de subsistencia de que siempre había dispuesto.

Una noche, en cierta alegre «supper» a la cual asiste Lily, después de la hora del teatro, en compañía de varios jóvenes ingleses y sudamericanos, alumnos los más de ellos, de una Escuela Superior de Agricultura vecina a la Capital, conoce la terrible desgracia de Servando y escucha de labios de un joven recién llegado de por allá que el pobre ciego no tiene otro pensamiento, otra preocupación en medio de su melancolía que el recuerdo de Lily, a quien ha amado y sigue amando con pasión tan ingenua como profunda.

Lily, al oírlo, se entristece. ¡Pero la sombra que empaña de pronto su alegría pasa como esas nubes errantes que al cruzar por el cielo interceptan durante un segundo el brillo de las estrellas!...

Hallándose otra noche, como de costumbre, la bella figurante del Gaiety en el prosenio de su teatro, incorporada al lindo coro de muchachas, se oyen de repente gritos angustiados de alarma:

«¡Fuego! ¡Fuego!...»

Un incendio voraz cunde y amenaza abarcarlo todo. El pánico es horrible: el público huye; los artistas escapan, a su vez, por salidas especiales; mangueras de auxilio comienzan a derramar torrentes de agua sobre las llamas.

Lilian, como sus compañeras, intenta correr, pero enreda su traje entre los alambres de un telón que intercepta el paso, y aprisionada así, se desploma sin sentido, aturdida más por el terror que por el golpe.

De allí la retiran poco después los bomberos, desmayada aún y con graves quemaduras, sobre todo en la cara. ¡Su vida queda en salvo; no así, ¡ay!, su hermosura! Horribles lesiones, ocasionadas por el fuego desfigurante el rostro, haciendo que peligre en absoluto aquella extraordinaria armonía de facciones que hasta entonces ha constituido su principal, más bien dicho, su única fortuna.

Es llevada a un hospital, y allí se logra, al cabo de algún tiempo, disiparle la fiebre, cicatrizarle las heridas, pero no hacer desaparecer los estragos faciales que la convertirán para siempre casi en un monstruo de fealdad. La hermosa y alba frente presenta arrugas que el cabello —cuando crezca de nuevo— podrá difícilmente disimular. La nariz perfilada y delicadamente aullina, se ha descarnado, y al volver a cubrirse de piel perderá, seguramente, su forma escultural; sabido es que para caricaturar esa facción, basta exagerar o disminuir una simple línea, agregar una leve protuberancia, determinar una ligera depresión...

Lily, desamparada, careciendo en absoluto de recursos, sin ánimo ni aptitudes para ganarse la vida trabajando en cualquiera otra forma que no fuese la que hasta entonces había adoptado, siente de pronto que el cerebro se le ilumina con una idea. Piensa en Servando, en ese noble ser que, al decir de sus amigos, la ha amado y parece seguir amándola con tan profundo cariño. ¡Si fuera posible llegar hasta él, consagrarle su naufragada existencia a cambio del apoyo que de él solicitaría; compartir, en fin, su desgracia —¡hacerlo feliz tal vez!... El no vería nunca la fealdad de aquel rostro alterado sólo ante la mirada... Mas le asalta entonces una duda: Servando, al conocer la existencia de tan terrible transformación, ¿temería ya el mismo interés en conservarla a su lado?... Quedaba el recurso de ocultárselo todo; pero, ¿cómo asegurar, en tal caso, el secreto de lo que debía, seguramente, ser ya notorio hasta en la propia lejana tierra de su amigo?... ¡Ay! en la mejor de las circunstancias, es decir, si esto último lograra obtenerse, Servando no habría de creer en tan repentina devoción, en una actitud inexplicable después de su pasada conducta para



con él. Interrogaría, llegaría a saber, comprendería pronto que sólo un vil interés, la desesperación, la habían llevado hacia él... ¡Ah, la cosa era imposible!...

Uno de los amigos de Servando, — el único que, compasivamente, fuera a visitarla después de su salida del hospital, — la sacó de dudas y dispuso sus vacilaciones. ¡El caso era no sólo posible sino de éxito seguro! Servando no podía saber aun las verdaderas consecuencias que había tenido para Lily el accidente. El se encargaría de obtener que la noticia continuara manteniéndose secreta a su alrededor. Servando seguiría, pues, engañado respecto de la extensión del desastre; debía, por el contrario — y puesto que su ceguera era fatal e incurable — creer en la persistencia de la belleza esencial de Lilian, en un noble impulso de piedad por parte de la joven, quien al tener noticia de la terrible desventura de aquel hombre que le había consagrado, al decir de sus amigos, su alma entera, se decidía a visitarlo, a llevarle por algunos días el consuelo de su presencia, aprovechando, a la vez, la ocasión de conocer un país nuevo para ella y de disfrutar de un breve y fructuoso descanso a aquella vida de agitación y de aturdimiento constantes. El poder sugestivo de la voz, la dulzura y disimulo de Lily, harían lo demás.

La ejecución del plan comienza a desarrollarse con sigilo. Los amigos más íntimos de Servando, impuestos de él, preparan el terreno y logran coordinar un verdadero complot, tendiente a resguardar el secreto indispensable a los proyectos de la joven, quien se siente segura de que una vez al lado del apasionado ciego, éste no se decidirá jamás a dejarla partir.

Todo sucede como se ha previsto. El médico de Servando, impuesto de los antecedentes, se ha encargado, por su parte, de contribuir a mantener la ilusión en el enfermo y de proteger el misterio con que se desenvuelve el idílico proceso — que ha tenido, desde luego y ante todo, el resultado esencial, no sólo de evitar una catástrofe psíquica, sino de levantar de modo intensamente progresivo el moral del paciente.

Como buen hijo de Colombia, era aquel facultativo, a más de excelente profesional, fervoroso cultor de las letras y de la filosofía. Su privilegiada memoria le ponía en el caso de poder recitar páginas enteras de Platón, de Lope, de Tasso y de Musset — sus autores predilectos. Hablando del piadoso engaño mediante el cual propiamente reconstituía la salud de su paciente, solía traer a colación aquellos hermosos versos del autor de la *Jerusalén*, relativos al vaso cuyos bordes es preciso untar de miel para disimular al niño la amargura de la poción que ha de conservarle la vida.

«...Ingannato, in tanto, ei beve  
E del inganno suo vita riceve»...

Transcurre así un año entero de suprema felicidad por parte de Servando. Los lazos que concluyen necesariamente por ligarlo en absoluto a la joven, se estrechan más y más cada día...

Un acontecimiento de importancia trascendental se produce entonces. El sabio médico, convertido ya en excelente amigo, cree haber descubierto la manera de curar aquella extraña y rebelde ceguera de carácter desconocido y cuyas causas han escapado hasta a la ciencia del especialista europeo ya mencionado.

Triunfante, dominado ante todo por su amor a la ciencia y por el entusiasmo que le ocasiona su importante descubrimiento, comunica a Lilian el resultado de sus observaciones.

¡Fácil será comprender la emoción con que ésta recibe la noticia! Si Servando recupera la vista, conocerá al punto, no sólo la horrible fealdad que la convierte en un ser de aspecto repelente, sino toda la extensión de la superchería ideada para llegar hasta él, con el objeto de acogerse a su amparo y vivir a sus expensas. El aparente «arranque de generosidad» se convertirá en vulgar propósito de explotación, en trama urdida en aras del más despiadado egoísmo.

Por otra parte, el ciego, que se siente a la sazón feliz, feliz hasta lo indecible, ante la certeza de ser amado por sí, ante la convicción de que aquella criatura que le cuida «tan noblemente» es la hermosa Lilian, la antes traviesa y atolondrada «Lily», hoy adorable, juiciosa y abnegada compañera, transformada en tal por el mágico poder de la piedad en arranques de ternura inconfundibles, — no se resignará jamás a soportar el engaño. ¿No vendrá, como consecuencia, la amargura — quizás el odio — ante el espectáculo de la cruda realidad? ¿No significará todo ello, en suma, trocar la dicha por el dolor?...

¡El problema surge, formidable! Y lo plan-

tea Lilian ante el criterio del facultativo, en toda su hondura, empleando para ello, ya la grave elocuencia que inspira la sinceridad, ya la súplica dolorida que dicta la desesperación.

El médico la escucha y se da cuenta, a su vez, de la atroz responsabilidad que la solución entraña, para su conciencia, por un lado, para el prestigio de su reputación de hombre de ciencia, por otro.

Pide plazo para reflexionar y decidirse. Nada dirá por el momento a Servando sobre sus anteriores propósitos.

La lucha que se inicia desde aquel instante en el alma del facultativo es intensa; lucha, como se ha dicho ya, entre la conciencia humana y el deber profesional, según su manera de entenderlo. ¿Tendrá, acaso, derecho para dejar sumido, durante una existencia entera, a aquel paciente, en la tenebrosa inercia de una enfermedad que habrá de incapacitarlo en absoluto para el cumplimiento de las obligaciones del ciudadano, para la actuación normal y eficiente en el hogar y en la sociedad; para el estudio, para el trabajo? ¿Puede él, en rigor, eliminar voluntariamente de esa comunidad social un factor capaz de contribuir, no sólo al progreso colectivo sino al perfeccionamiento propio y al de las personas que, de otro modo, podrían quizás rodearlo y secundarlo? ¿Un hogar legítimo y sereno; los prestigios de la fortuna utilizada debidamente; el goce, aun mayor, de que se disfruta cuando es posible mezclar las palpitaciones de la propia vida a la vida de la naturaleza; la embriaguez de actividad; la luz de sol — la contemplación del universo!...

Así discurría como hombre de ciencia. Pero como hombre de sentimiento, veía el caso bajo otra faz. «¡Si el devolver a estos ojos la luz» — se decía — «hubiera de significar hundir para siempre en las tinieblas un alma apasionada!»...

Invocabá, entonces, la ayuda de su querido Platón, recordando aquellas páginas sublimes en que el divino griego declara que cuando *Eros* — «el amor con alas» — se inspira tan sólo en la belleza, no puede seguir existiendo si ella desaparece, pues, semejante a la mariposa, deja de detenerse allí donde han cesado de crecer las flores. ¡El amor: «única fuerza susceptible de dar la paz al hombre, la calma al mar, el silencio al viento y el sueño al dolor!»...» (1)

Era la lucha de los dictados del cerebro contra los dictados del corazón.

(1) Platón. «Diálogos dogmáticos»! *El banquete o del amor*.

Triunfó el cerebro. triunfó lo que él creía ser su deber.

Aquel universitario — que, al recibir su título, había hecho el solemne juramento de sinceridad de propósitos y de honradez de procedimientos profesionales, ante Dios y ante los hombres — no se creyó autorizado a esterilizar, por motivos que él llamaba «puramente sentimentales», los medios que la ciencia y su propio talento ponían a su alcance para devolver a la integridad de sus funciones fisiológicas un órgano, si no vital, de importancia suma para activar esa vida; bien así como, por más inevitable y próximo que vea el facultativo el desenlace fatal, respecto del moribundo que gime postrado en el lecho del dolor y pide a gritos la muerte como alivio, no le es lícito dejar de administrar el cordial reparador que habrá de prolongar — siquiera sea por breves momentos — la vida.

Al oír Lilian la sentencia irrevocable y fatal, creyó morir de angustia.

Entonces, agotando el último recurso, hizo al médico, al amigo, una confesión íntima, reservada hasta aquel momento aún para el mismo Servando. Acababa, sólo en esos días, de adquirir la certeza de que se hallaba encinta. La criatura tardaría, por consiguiente, aun algunos meses en nacer. Lilian pidió plazo hasta entonces para que se iniciase el decisivo tratamiento. Este, según el médico, duraría casi un año entero, durante el cual el enfermo iría recuperando paulatinamente la vista, allí, en su propia casa. Tan pronto como pudiera el paciente correr el riesgo de darse cuenta de la transformación trágica del rostro de Lily, ésta desaparecería cautelosamente, desaparecería para siempre, dejando al padre, como consuelo, aquella criatura suya, que, si por fortuna fuera una niña, reemplazaría algún día a la madre en la ternura.

El médico al oírse se vió asaltado de otro escrúpulo: ¿Qué sería de aquella mujer? ¿No acudiría, acaso, al suicidio por desesperación?

La nueva responsabilidad — tanto o más grave que la primera, — le aterró; hizo que se derrumbaran de golpe sus anteriores resoluciones.

Tras de momentos de angustia, que le parecieron siglos, se decidió — pero sin comunicarlo a Lilian — a eliminar esa responsabilidad: optó por someter el caso al propio paciente, después de confiarle aquel secreto infausto; pero teniendo la precaución previa de probarle que si «Lily» vino a él un día, sólo

por necesidad — tal vez por egoísmo — Lilian, la noble Lilian le amaba a la sazón de verdad, y con tal ternura que el abandono, sería para ella el desastre del alma antes que el del cuerpo. Le haría jurar que nada diría de esto a la joven. Si la revelación tenía éxito, ella debía seguir ignorando la existencia de tal revelación.

Servando sintió al escuchar, sin que se le omitiera un detalle, las palabras de su amigo, que algo como un agudo puñal se le clavaba en el corazón. Aquellos ojos opacos, que no podían verter lágrimas porque los lagrimales se habían secado en ellos, parecieron dilatarse enormemente y brillar con una chispa de luz. Se incorporó en su asiento y, alzando la cabeza, exclamó con un sollozo:

«¡La sombra, mil veces antes la eterna sombra, si en ella ha de seguir mi alma hallando la luz!... ¡Quiero continuar viniendo a mi amada como siempre la vi, como la veo aún!...»

Y se desplomó en el asiento.

El facultativo cumplió el deseo del inválido y guardó solememente el terrible secreto. Hizo creer a Lilian — quien al escucharlo se arrojó de rodillas a sus pies — que había cambiado de opinión: que consentía en dejar las cosas como se hallaban. ¡Servando seguiría ciego por toda su vida!

Nació la criatura y fué una niña, bella como su madre, de quien heredó el azul de los ojos y la perfecta textura de los labios: aquella misma deliciosa y traviesa boca con que tanto había soñado el joven cuando «Lily» la lucía a sus admiradores, desde el rutilante proscenio del *Gaiety*.

¡Y en aquel hogar — por cuyas espaciosas ventanas penetraba radioso el sol de cada día — hubo, desde entonces, tres ciegos: el padre que no volvió a ver jamás la luz; la madre que ignoró siempre el sacrificio de su amado; y aquella niña que, legitimada un día por manos del mismo sacerdote que signó su frente con los sagrados óleos del bautismo, no conoció nunca el doble y trágico misterio, origen de su apacible existencia!

Quinta «Dorrego», 25 de abril de 1917.

DIBUJOS DE ALONSO.





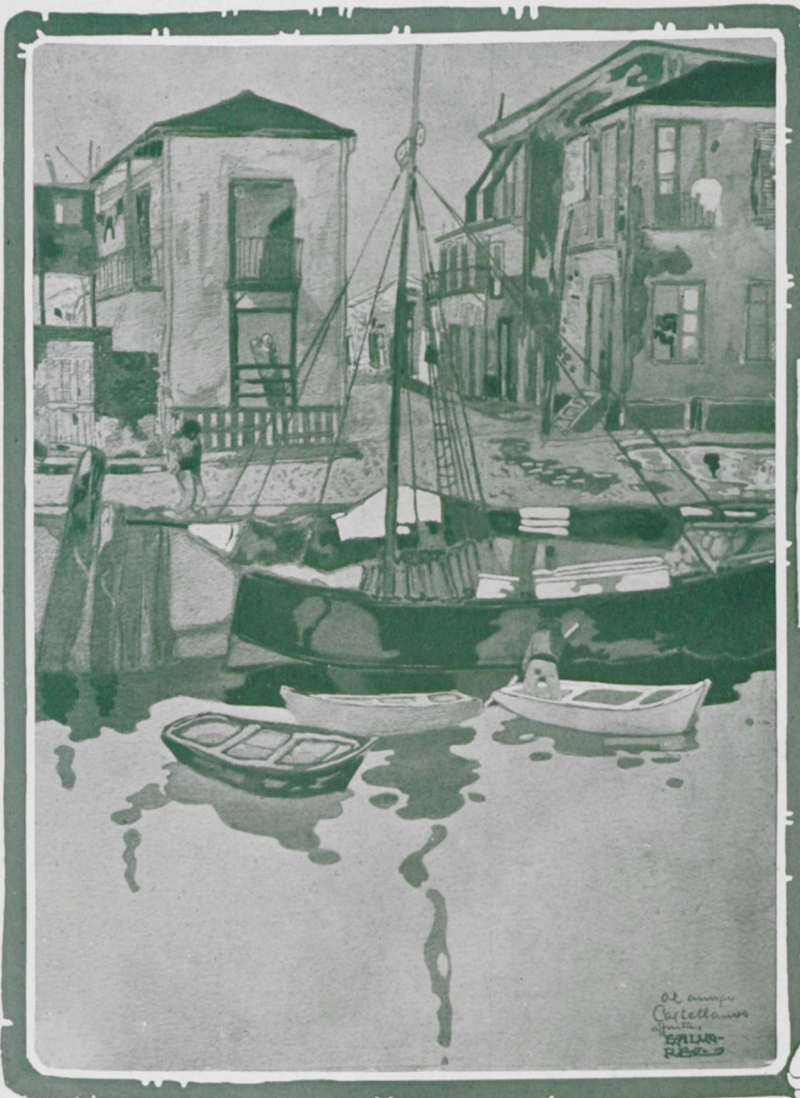


# LA DANZA

GOUACHE DE FERRUCCIO CORBELLANI.



TERCER SALON  
ANUAL DE  
ACVARELISTAS,  
PASTELISTAS Y  
AGUAFERTISTAS.



«AL BORDE DEL RIACHUELO».  
ACUARELA DE EDUARDO ÁLVAREZ



«CLARO DE LUNA (SEGOVIA)».  
AGUAFUERTE DE PEDRO DELUCCHI.



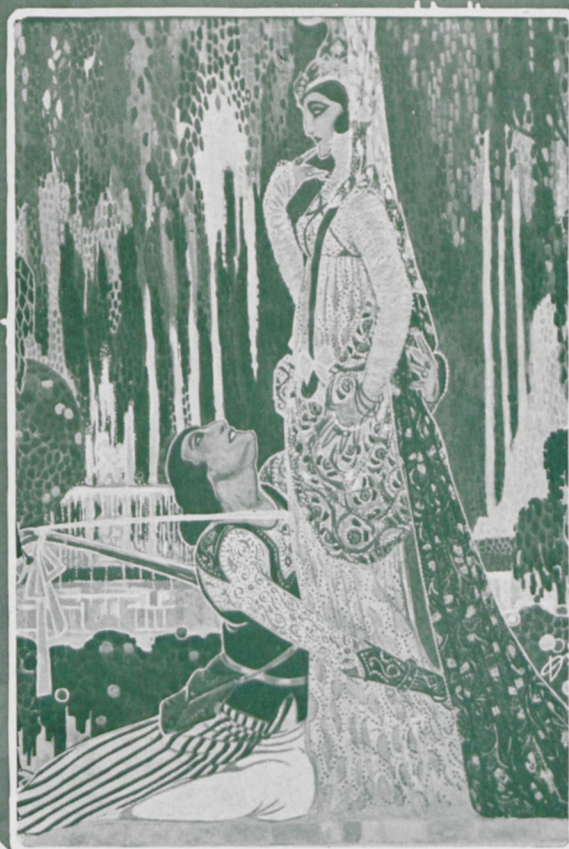
«DEL SUBURBIO».  
PASTEL DE GASTÓN JARRY.

Dentro del ambiente artístico nacional, la realización en la última quincena de mayo, del tercer salón de acuarelistas, pastelistas y aguafuertistas, ha sido un exponente de la evolución y progreso alcanzado por muchos de los expositores.

Con un sano concepto de su delicada misión, el jurado ha conseguido reunir un conjunto de obras, cuyo número y valor artístico ha hecho que el certamen de este año sea más copioso y manifiestamente mejor que los anteriores.

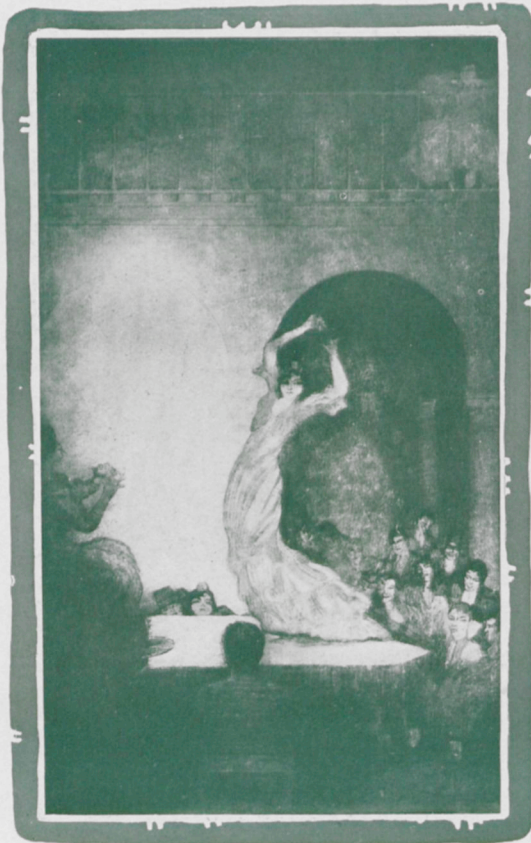
Como era de esperar, el público, que desde hace algún tiempo viene demostrando su interés y predilección por todo lo que tiende a expresar una manifestación del espíritu, ha respondido ampliamente, acudiendo al local de la exposición, que se ha visto concurridísimo en todo momento.

La nota más alta y valiosa, la da indiscutiblemente Pedro Delucchi con sus aguafuertes y los notables apuntes a la sanguina, que revelan condiciones ex-



«FASCINACIÓN».  
GOUACHE DE CESAREO DÍAZ.





«EN EL CAFÉ DE NOVEDADES».  
AGUAFUERTE DE RODOLFO FRANCO.



«FIGURÍN DEL BALLET, CAAPORÁ».  
DE ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO.



«LA CENICIENTA».  
ACUARELA DE JORGE LARCO.

cepcionales, adquiriendo gran relieve por el carácter interpretativo y la seguridad de la línea. Lástima que las dos cabezas al aguafuerte no estén a la altura de lo demás; trabajadas fatigosamente, representan a nuestro juicio una equivocación, ya que en el resto destaca su personalidad con promesas, que estamos seguros han de realizarse.

Le sigue en importancia Ferruccio Corbellani, con una serie de gouaches valientes y sentidas, que denuncian un temperamento artístico de valía.

Además del buen gusto con que sabe interpretar los movimientos, demuestra soltura y decisión en el dibujo; sus figuras, elegantes y armoniosas, tienen indiscutible encanto, siendo «La danza», para nosotros, la mejor de sus obras.

Los aguafuertes de Franco, Guido y Montini, se destacan en este certamen por la destreza de la ejecución y acertadas tonalidades. El primero tiene varias escenas típicas de la bella ciudad del Guadalquivir, impregnadas de emoción y de vida. En el cuadro que representa un baile flamenco, las figuras del fondo, parecen estar sacadas de los «Caprichos» de Goya.

Guido nos da en sus aguafuertes, una sensación inquietante y perturbadora. Llevado por la inclinación de su temperamento, interpreta con una modalidad extraña y emotiva, cosas tan sutiles como la inquietud, el dolor, etc. Entre lo que expone preferimos «La maja negra», ejecutada con amplitud y elegancia.

Ceferino Carnacini, concurre con varias obras, sobresaliendo los «paisajes criollos», por la sincera



«EL ÍDOLO». GOUACHE DE LÓPEZ NAGUIL.

interpretación y poética tranquilidad del ambiente.

Miguel Petrone, presenta varios trabajos al pastel, entre los que sobresale el estudio de cabeza, hecho con gran acierto y corrección. En el desnudo de mujer revela sus condiciones pictóricas, habiendo conseguido fijar los tonos de la carne con fluidez y riqueza de colorido.

Centurión está correcto en los retratos y acertado en el aguafuerte. Aunque en este certamen no nos enseña nada nuevo, aplaudimos su tendencia por sincera y sana, que le hará llegar. Ese es el camino.

A Soto Aceval, nos permitiremos darle un consejo: Huya de la dureza que tienen sus acuarelas; trabájelas con más soltura, evitando la rigidez de los contornos; envuelva los planos, usando sin temor el agua y es posible consiga la fluidez que tan agradables hace las acuarelas. La nota más aceptable es el dibujo coloreado «Sepúlveda».

Gastón Jarry, se sigue mostrando artista sereno y fácil, pero algo pobre de color. La acuarela «Del suburbio» está pidiendo más variedad en las tonalidades, especialmente la cabeza de hombre que la enriquecería grandemente.

López Naguil, exhibe diferentes trabajos muy en armonía con sus gustos exóticos, esforzándose en huir de la realidad para hacer composiciones puramente imaginativas. Tanto las cabezas, como «Los visires» y «El conquistador» están trabajados con el deseo de hallar la nota original.

Leguizamón Pondal, sigue mostrando predilección por el paisaje, acentuando su tendencia



«EN LA LOMA».  
AGUAFUERTE DE HIGINIO MONTINI.



«LA TAPERA». PASTEL DE  
CEFERINO CARNACINI.





decorativa. De lo que expone preferimos «La casa de enfrente», tratada con sencillez y sentimiento y ejecutada con sobriedad.

Copiosa la producción del joven Jorge Larco, llegado recientemente de la península. Tanto en la línea como en los procedimientos, se nota la influencia que han ejercido en él, dibujantes conocidos. Creemos oportuno aconsejarle no abuse de los temas decorativos y literarios, concretando sus esfuerzos en la menor cantidad de producción, intensificando en ella cuanto pueda. En suma: menos y mejor.

Huergo, monótono: sus dibujos presentan una marcada influencia en la elección de los motivos y hasta en la forma humorística con que los trata. Desde luego, no le faltan condiciones, pero se esfuerza muy poco en progresar; sino estudia con fe, con abnegación, con cariño, corre el riesgo de presentarse en las exposiciones siguientes sin haber adelantado un solo paso. Renovarse, etc.



«EL ARRABAL». GOUACHE DE ABRAHAM VIGO.



«TOBILLERA». ACUARELA DE ALEJANDRO SIRIO.



«EL EUCALIPTUS». GOUACHE DE GONZALO LEGUIZAMÓN PANDAL.



«INTERIOR». ACUARELA DE JORGE SOTO ACEBAL.



«RETRATO DE LA SRA. G. A. DE G.», POR EMILIO A. CENTURIÓN.

Enrique Prins, se muestra en sus paisajes al pastel como artista discreto y de voluntad.

Cesáreo F. Díaz, preocupado de conseguir efectos, rebusca procedimientos y a veces consigue resultados satisfactorios. Hay en sus obras, un tanto amaneradas, delicadezas y buen gusto.

El coronel Cornelio L. Díaz, concurre a la exposición con varios gouaches y acuarelas bien entonadas y con sentido de la realidad, aunque algo frías.

J. Gerbino, con sus aguafuertes, descubre un temperamento educado en las escuelas clásicas del renacimiento.

González Garaño, debuta con una serie de trabajos decorativos, representando figuras y alegorías del período incásico, destinados al Ballet «Caporá» del maestro Rogatis.

Creemos que entre todos los expositores de este concurso no hay uno más entusiasta, con más fe, con más perseverancia, que Alejandro Christophersen y es justo hacer constar que gran parte del éxito de estos concursos se debe a sus eficaces esfuerzos. Por este solo hecho tiene todas nuestras simpatías.

Y para terminar nos permitiremos dos sencillas y sanas indicaciones que ojalá no caigan en el vacío: más sinceridad y menos literatura.

ROJO DE SATURNO.





## LA ESTATUA

POR  
EUGENIO  
DÍAZ ROMERO

En su antigua mansión de jaspe y oro  
Custodiada de guardias y lacayos,  
En su adusto castillo cuyas torres  
Se yerguen sobre altísimos peñascos,  
El rubio emperador, la faz sombría,  
Medita en sus salones de damasco.  
Reina un silencio trágico y profundo  
En las graves estancias del palacio,  
Y la noche que avanza, lentamente,  
Envuelta en las tinieblas de su manto  
Como una viuda triste y dolorosa,  
Pone en todo su sello funerario.

Extraña palidez cubre la frente  
Del altivo señor de gesto airado;  
Arde fija la luz de sus pupilas  
En sus ojos azules y tiránicos,  
Mientras su boca ensaya una sonrisa  
Bajo el vivo fulgor del candelabro  
Y un inquieto temblor de pronto agita  
Su cuerpo real de púrpura ataviado.  
Cortejos de terribles pensamientos  
Y visiones de crimen y de estrago  
Parecen desfilar ante la absorta  
Mirada fría de sus ojos claros.  
Mira pasar ejércitos enteros  
Llevados a la muerte por su mano,  
Y contempla, de espanto estremecido,  
El caos que su genio ha provocado,  
Un caos formidable en que perecen  
Los pueblos más ardientes y lozanos  
Y en que se hunde la gloria de su raza  
Como un buque que traga el oceano.

Por la primera vez en su existencia  
El fiero emperador de un pueblo manso  
Que supo, empero, realizar proezas  
Y ceñir en su sien el noble lauro,  
Comprende que ha llegado el duro instante  
De purgar la injusticia de sus actos  
Respondiendo ante el Dios del Universo  
Del gran dolor que llena los espacios.

Varias veces intenta inútilmente  
Alejar de su mente esos fantásticos  
Pensamientos que pueblan su cerebro  
Punzando su alma de martirio aciago;  
Varias veces procura desasirse  
De su conciencia cruel, como un calvario,  
Que muestra ante sus ojos implacables  
El crimen de su espíritu satánico;  
Varias veces anhela el rey demente  
Cortar del mundo los siniestros lazos  
Que ligán al delito más horrendo  
De la Historia su nombre repudiado,  
Pero todo es en vano, su conciencia  
Le roe el corazón, como un gusano,  
Y exhibe ante sus plantas un abismo  
De inúmeros cadáveres colmado,  
En su loco delirio de conquista  
Y de poder espléndido y cesáreo.

Sólo entonces el bárbaro monarca  
En la cámara real, donde soñaron  
Sus sueños de dominio y de grandeza  
Otros reyes de timbres más preclaros,  
En que el áureo reflejo de los cetros  
Se alzaba bajo impávidos retratos  
Destacando vetustas armaduras  
Y estatuas de impecables alabastros,  
Sintió por vez primera el peso enorme  
Del insondable crimen perpetrado.

Para aliviar en algo su conciencia  
Fué a pedirle consejo a un viejo mármol  
Que encerraba la rígida figura  
De un ilustre, inmortal antepasado  
Que enriqueció la historia de su pueblo  
En difíciles tiempos legendarios.

Con paso decidido pero el rostro  
Del torvo emperador un poco pálido,  
Reluciente de oro y pedrería  
Dentro su traje, la tizona al flanco,  
Marchó hacia el sitio en que la grande estatua  
Del rey alzaba su imponente brazo.

— Ilumínate, — dijo, al acercarse —  
Tú que fuiste glorioso y fuiste sabio, —  
Mientras clavaba sus azules ojos  
En la frente magnífica del mármol.

Por única respuesta el rey glorioso  
Sacudiendo su sueño de cien años,  
Dejó caer, como castigo eterno,  
Sobre su rostro lívido, la mano.



# Cordero pascual

Al volver de la escuela conocimos a «Ricura». La impresión fué casi desagradable. Parecía un montoncito de lana inútil tirado junto al duraznero. Sin alzar la sucia cabeza, balaba quejumbroso, y cuando Lelia y yo quisimos levantarlo, no pudo sostenerse sobre las patitas entumidas.

En el mundo de los niños suceden cosas como en los cuentos de hadas. La misteriosa venida de «Ricura» recuerda las narraciones de Perrault. Lo trajo Manuel, un vecino horrible y enorme como un ogro, a quien nuestra madre suponía en posesión de la bolsa donde van a parar los nenes traviesos. Mi madre, el jabón, el descanso y la alfalfa tierna desencantaron al príncipe ceniciento, que al día siguiente se nos presentó tan blanco y erguido como un cordero de altar.

Opina el vulgo que un cordero es almacén de finos vellones y almacén de carne tierna. Mi padre, además de esa opinión, sostenía que «Ricura» era un lindo juguete mecánico, el mejor de los juguetes mecánicos que un padrazo puede comprar para divertir a su prole.

Y un lunes de Resurrección, hace ya muchos años, vino a nuestra casa aquel cordero pascual, como es costumbre en el país de mi padre, una ciudad andaluza donde se mima a los niños a capricho de ellos.

Lelia y yo encontramos otro hermanito en «Ricura». Al principio nos opuso esa mansa hostilidad con que los carneros desprecian nuestras caricias, presintiendo sabiamente el cuchillo humano. No agradeció los moños de colores que nuestra madre le puso sobre la cándida lana, ni quiso ir con nosotros a dar mucha envidia a los muchachos de la vecindad. Rígido como un caballete, indócil a la cuerda y al ofrecimiento de un menudrugo de pan, «Ricura» nos dió un ímprobo trabajo. Pero había tropezado con un par de excelentes domadores. Pronto vencimos su corderina testarudez, y la gente menuda del barrio abandonó sus juegos para seguirnos entre burlesca y envidiosa.

«Ricura» era mimoso como un gato, juguetón como un cabritillo, obediente como un perro. Se comió las plumas de una gallina, conociendo en castigo los horrores de la sal inglesa; estuvo a punto de ahorcarse girando en torno del duraznero; fué odiado por la mucama, amiga y enemiga del aseo; siempre se dejó besar sobre los lindos y mansos ojos, sobre el hociquillo que tan bien olía a hierbas; fué nuestro almohadón cálido y blando.

Cuando le llevábamos de paseo a Palermo, — lugar que él prefirió siempre a todos, — nos gustaba dejarle distraído en la grata tarea de despuntar el pasto y nos escondíamos tras los árboles. «Ricura», al notar nuestra ausencia, levantaba la cabecita y, dando verdaderos saltos de carnero, corría en nuestra busca con seguro instinto, celebrando el hallazgo con suaves topadas. ¡Qué nos hizo reír con sus piruetas de payaso! Un día llegué a quererle tantísimo que le doré los cuernecitos y las pezuñas.

Así, entre cariños y juegos, crecía «Ricura»; su cabeza iba acarnerándose, tomando la elegante curva que ennoblece más a los ovinos, dándole semejanza con otro animal también adorable: el caballo. Los cuernos se afirmaban alabeándose para formar un ariete fuerte y hermoso. Ya en algunos momentos sus topadas eran demasiado cariñosas. La sirvienta había llegado al colmo del odio, y una tarde la sorprendimos dándole a «Ricura» los escobazos que el suelo necesitaba.

— Seguramente lo mandarás fuera — me dijo Lelia — y se olvidará de nosotros. ¡Qué lástima que los corderos crezcan!

Y los dos convinimos en que el crecimiento y la ausencia tejen el olvido hasta en el mismo e inocente corazón de los corderos.

Pero, ¡pobre «Ricura» y pobres de todas las «ricuras» mundanas: la Desigualmente Igualadora os acecha cuchillo en mano cuando menos la esperéis.

Ya lo había dicho mi padre: «¡Vamos, mamá! — así llamaba a la vieja — es un regalo útil y agradabilísimo. En cuanto los niños se cansen, nos lo comemos asado.»

Entonces no sabíamos, no creíamos que tales palabras pudieran haber sido pronunciadas. Los corderos queridos y cariñosos morían de anemia senil o cosa parecida.

Al volver de la escuela no encontramos a «Ricura» atado al duraznero. Mamá nos dijo — ella inventó la mentira para evitarnos un disgusto — que el cordero iba camino de la campaña. Manuel, el ogro que lo trajo, se lo llevó. «Pronto os compraremos otro.»

El pretexto no fué eficaz por culpa de «El Nato», un chiquillo venenoso, hermano precisamente de la mucama enemiga de «Ricura». La educación moral de ese personaje no era muy buena, aunque se había desarrollado en la venta de diarios morales. Nos envidió el cordero en vida y nos envidió los despojos, saliéndose con la suya, como casi todos los malvados.

Aquel muchacho ha sido la primera de las pocas personas indiscutiblemente malas que he visto. La maldad, por lo común, es una fuerza de reacción, algo así como un muelle que se rompe y os araña. La maldad de «El Nato» tenía todos los caracteres de una máquina bien manejada. Calculador e hipócrita, movía sus artimañas como piezas de ajedrez. Monstruoso niño prodigio de la infamia, no tenía él la culpa porque él ni formó su espíritu ni le dieron los medios para reformarlo.

«El Nato» nos preparó diestramente la dolorosa sorpresa, llevándonos sin decirnos nada al lugar donde se había hecho el crimen. Allí — en el patinillo de la cocina — colgada de un garfio ví la cabeza de «Ricura».

Parecía una máscara trágica teñida de sangre, con los dulces ojos inyectados saltándole de las órbitas. Y en un barreño su sangre coagulada; y su vellocino, otra vez sucio, como en el día feliz e infeliz en que mamá lo purificó, estaba terso sobre las baldosas. Y en una mesa había un cuchillo muy largo y muy rojo.

Mientras llorábamos, el canalla nos contó los detalles del sacrificio; cómo fué atado «Ricura» y cómo el experto matarife le abrió la garganta, cortando el último balido. Se reía, imitaba el degüello, balando burlescamente, y nos aseguró que la carne de la víctima iba a estar muy buena.

Lelia y yo conocimos la espantosa amargura que el dolor, el odio y la lástima tienen al mezclarse.

Y fuimos injustos con nuestro buen padre, y él lo fué con nosotros, e hicimos llorar a nuestra madre.

Recuerdo aquella cena en que nos ofrecieron el cadáver de «Ricura», en que bajo la amenaza paternal di un mordisco a la repugnante y adorada carne de nuestro camarada; recuerdo que «El Nato» se llevó las sobras del horroroso festín.

De este modo hallé en mi camino inesperadamente el primer dolor de hombre.

Ahora me gustan los corderos asados, y en la jugosa carne no hallo repugnancia. «Ricura» es ya únicamente una añoranza literaria.

E. DEL SAZ.

GOUACHE DE ALONSO.



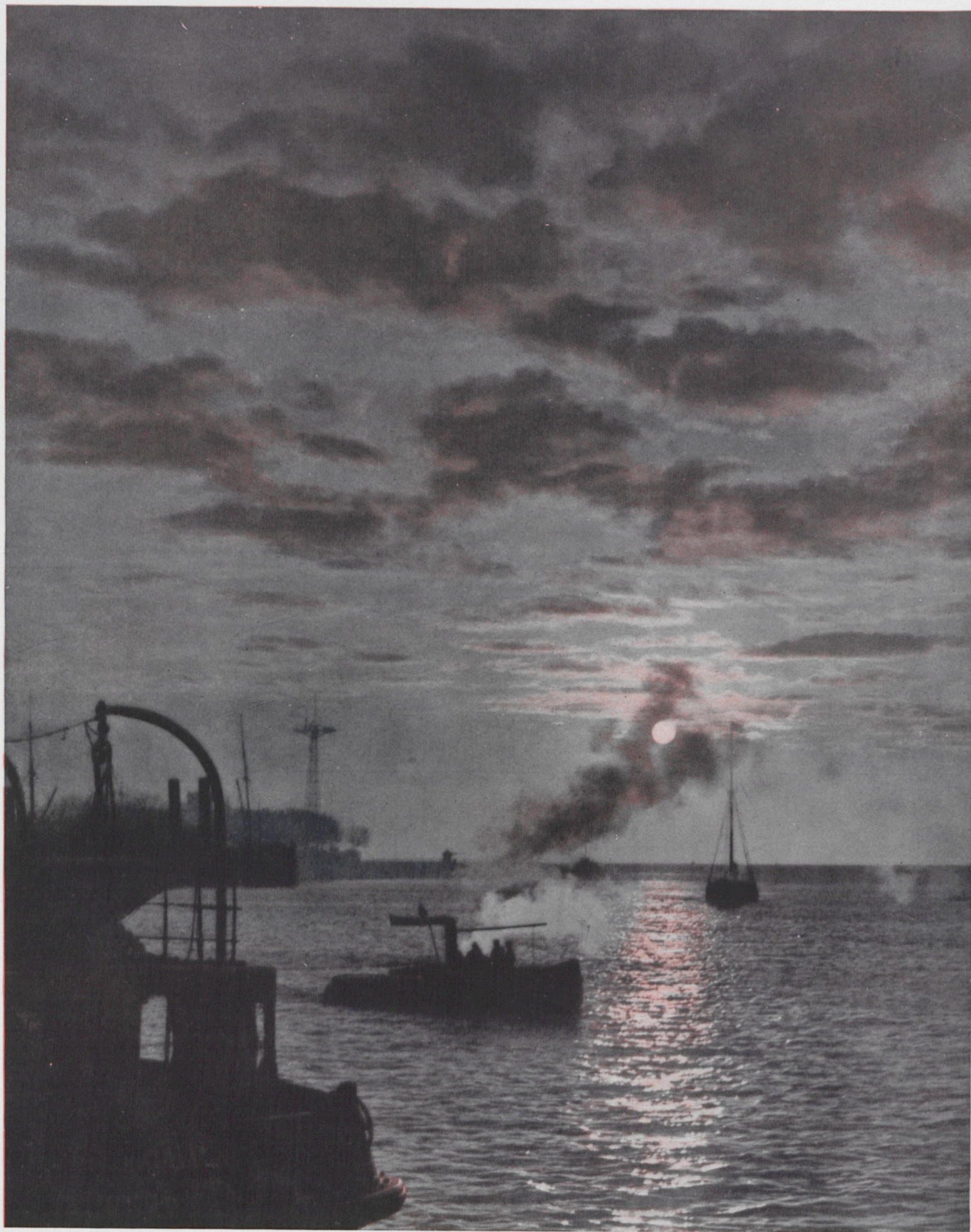




UNA VISTA DE BUENOS AIRES







## L A ◊ L U N A ◊ S O B R E ◊ E L ◊ P U E R T O

Cuando llega la noche, el puerto de la ciudad queda envuelto en penumbras. Los grandes transatlánticos, los bergantines, los lanchones sucios y renegridos, destacan sus siluetas fantásticas a los costados de los diques. Por la desembocadura del puerto, se adivina a veces una pequeña embarcación que se desliza silenciosamente. En la proa lleva una luz rojiza, cuyo palo tiembla con un incierto resplandor de estrella. Los remos, chapotean con un compás monótono, formando fos-

forescencias de azogue sobre la superficie de las aguas. En la obscuridad se oye la voz de un barquero italiano, que distrae su modorra cantando bellas canciones napolitanas. Su acento, lleno de modulaciones breves y nostálgicas, trae a la memoria dulces ensoñaciones de las costas latinas. El romance cuenta un viejo amor que la fatalidad hizo trágico y doloroso.

Después vuelve el silencio. Las boyas del río, iluminadas de trecho en trecho, marcan la ruta

de los navegantes; estas luces se pierden en la lejanía con una imprecisa vaguedad. De pronto, rasgando las nubes cenicientas, aparece la luna. Su reflejo, plateado y limpio, dibuja en las aguas una estela de luz inquieta y transparente. Como saludando su aparición, la sirena de un navío rompe la quietud con un ronco clamor que repercute en la distancia. Su acento, que se va perdiendo poco a poco, da la impresión de una queja angustiosa en la noche...





## LA MAJA NEGRA

FOR

### RICARDO GUIRALDES.

Yo he visto a la maja. He visto la maja desnuda, vestida, bailando aureoleada de bronce. La he visto en pintura y en carne, la he visto porque es del dominio de todos. Está en la tela maestra, en el escenario, pavoneándose con tentadores orgullos de mujer, está en el agua fuerte, en negro y en blanco y en medias tintas, el pecho insolente de ser virgen y tendido hacia las bondadosas plenitudes maternas.

Está en España, toda de carne y de vida. ¿Que no es la misma? Puede que no, pero yo la encontré en Sevilla una noche de feria, mirando volar los cohetes (que hacían sus grandes dibujos de peinetas), con la barbilla estirada, el busto, aquí me tienes, y la obscura mantilla triangulando aquellas exuberancias.

Avancé una frase, como un matador invicto la muleta, recelando una embestida, las piernas llenas de retiradas vergonzantes. Y tuve una agradable, ¡oh muy agradable! sorpresa, al ver que las tupidas cejas, repentinamente vueltas hacia mí, se arqueaban asombradas y risueñas.

Por suerte no tuve que hablar; mi maja (que te-

nía parientes en América) se lo dijo todo, con una gracia ingenua y voluble, de modo que sin trabajo supe por ella y por la madre, cuya habilidad llegó a colocar a volapié un par de frases, cosas de su pasado, presente y porvenir.

¡Qué buena noche aquella de la feria!

A la una, si no me equivoco, un recrudecimiento de bombas, cohetes y estampidos, nos iluminó las caras con cadavéricas coloraciones sulfurosas. El viento trajo un espeso humo de pólvora y quedó pacífica la inmovilidad del cielo, tan cósmico en las noches cálidas.

Mi maja comenzó a caminar, la madre con ella, y yo con ellas. El recuerdo de los fuegos artificiales resultábame opaco, al lado del brillo ágil de los gracejos andaluces.

Ibamos saliendo del local; el aturdimiento de las luces fenecía en el absoluto imperio de la noche verdadera. Apagóse paulatinamente la volubilidad de nuestra acompañada. Hablé yo y no me

contestaron. Entonces columbré el orgullo y pundonor de mi maja.

— Volvamos,—dije a mi compañero, pues

tenía uno, aunque haya olvidado decirlo.

— ¿Por dónde?

— Para cualquier lado (estábamos perdidos), para disimular el papelón, hagamos como si este fuera nuestro camino. Indiqué una gran casa no muy lejana. Al rato nos encontramos frente a una fábrica, en un callejón sin salida, y nuestra ira aumentó por la insolencia de una vocecita irónica, que nos llegó por la obscuridad:

— ¿Ande van ustés? ¿A buscar trabajo?

Los puntos suspensivos de una argentina cargada me pegaron en los oídos como tantas pequeñas cachetadas.

Aquí concluye mi recuerdo de la maja viva traído por esta maja muerta. ¿Por qué ha venido?

Porque tiene su misma gracia y caminaba con la misma insolencia de pecho virginal, tendido hacia las bondadosas plenitudes maternas.





ESCENAS DE LA CIUDAD

¡HA TOCADO LA SIRENA DE LA PRENSA!

DIBUJO DE ACQUARONE.



# La Argentina

Por  
ENRIQUE  
M.  
RUAS



DIBUJO  
DE GREGORIO  
LOPEZ NAGUIL

Francia se llama actualmente Francia. Durante el segundo imperio también se llamó Francia. Antes de la revolución también se llamó Francia. A principios del siglo v empezó a llamarse reino de los francos; de aquí tomó el nombre de Francia, y en adelante, fuera lo que fuese lo que pasase en Francia, Francia llevó siempre el nombre de Francia.

No así la Argentina. Hoy se llama la República Argentina, pero antes fué la Confederación Argentina, y antes las Provincias Unidas del Río de la Plata. La Argentina es una forma que estamos empleando ahora; creo que aprendida de los franceses y de los italianos. Para éstos quizá sea satisfactoria, pero, para nosotros, en «la Argentina» va siempre implícita alguna de las palabras república, nación, patria, de las cuales argentina es adjetivo. Decimos la Argentina porque fuera demasiado largo decir siempre la República Argentina, y porque no tenemos una palabra que sustituya a esta locución. Por el mismo motivo vivamos a la patria, mientras que los franceses, que tienen su palabra, pueden vivir cómodamente a Francia. Si corriendo el tiempo, la palabra Argentina, tan difícil de ser librada del artículo, perteneciente a república, concluyese por causarnos el efecto de una palabra como Francia o Rusia, viváramos a la Argentina como los franceses vivan a Francia. Pero hoy el «viva la Argentina» nos parece para proferido por extranjeros. Y en efecto, son los extranjeros quienes así nos vivan, imitando sus vivas nacionales a Italia, a Francia, a España. Nosotros seguimos viviendo a la patria, como cuando no acostumbrábamos decir la Argentina, que aun hoy mismo no hemos adoptado total y resueltamente.

¿Llegará un día en que Argentina nos produzca el efecto de una palabra como Francia o Rusia? Llegaría si la palabra se especializase en la designación de aquello que queremos significar con ella, pero esta especialización dependería del empleo de otra forma adjetiva para determinar los sustantivos como república y designarnos a nosotros mismos. Supongamos que fuese la palabra variable argéntico: los argénticos, la República Argéntica; al estilo de la Bética y de la Cirenaica, formas adjetivas de Betis y Cirene. Con lo cual tendríamos dos cosas: una forma sustantiva mala, y una forma adjetiva malísima.

Chile, a semejanza de Francia, era Chile antes de la independencia, y los chilenos de entonces, se llamaban chilenos como los de ahora, y podían gritar: «¡Viva Chile!». Para eso eran chilenos. Nuestros antepasados no eran más que criollos, habitantes del Virreinato del Río de la Plata, y como en conciencia no podían vivir al virreinato, vivaban a los criollos, y los siguieron viviendo, hasta que apareció la patria. Por fin vino un poeta que nos llamó argentinos, por aquello del Río de la

Plata. Ya teníamos el determinativo para las futuras confederaciones y repúblicas (nombres del género femenino) de donde sacaríamos la Argentina. Si en lugar de confederaciones o repúblicas, nos hubiesen hecho un imperio o un reino (nombres del género masculino), hubiéramos tenido el imperio o el reino argentino. Ya no hubiéramos podido sacar directamente de ellos la Argentina. Hubiéramos tenido que establecer antes la frase nación o monarquía argentina.

Los chilenos tomaron del territorio el nombre, el cual no se sabe de cierto de donde lo tomó a su vez. Quizá de *chille* (gaviotas), como Chiloé. Pero los franceses dieron su nombre a Francia. De acuerdo con este precedente y siguiendo el mismo procedimiento, nosotros hubiéramos podido, de aquel nombre de argentinos, que nos dió un poeta, deducir una forma sustantiva como Francia. Es lo que solían hacer los romanos. Daban nombres a los pueblos, fuese latinizando los que ya tenían, fuese por otros caminos, y luego deducían de ellos formas sustantivas como Galia o Grecia, terminadas en *ia*, como Francia.

A los romanos les gustaban esos nombres en *ia*, para naciones y países, aunque no los dedujesen de gentilicios. Hispania y Britannia pasan por ser toponímicos aborígenes, latinizados. En la propia península, llamada por lo demás Italia, tenían los romanos muchos toponímicos en *ia*. De como esta desinencia empezó a enunciarse en ellos, creo que sería un capítulo difícil de preparar. Pero puede creerse que tal preocupación primó tanto al hacer los nombres Britannia o Grecia, como primaria cuando se hicieron los de Bolivia, Patagonia o Rodhesia.

Hay una región de España donde son numerosas y contiguas las ciudades en *ona* (Pamplona, Tarazona, Tarragona, Gerona, Solsona, Barcelona, Badalona). Son nombres formados por imitación unos de otros. Nuestra palabra patriada, que es enteramente una voz de la épica, es indudable imitación de Iliada. Nuestros paisanos de la Provincia dirán siempre, o durante mucho tiempo, puebleros y brasileros. Yo les oí decir, por imitación, lujanero y moronero. Y es muy verosímil que los autores criollos, antes que del diccionario, hayan sacado la palabra campero por imitación de puebleros. Ejemplos pintorescos de estas imitaciones nos los dan los niños, cuando inventan o reinventan palabras como blancor, negror, largor, sobre los presuntos modelos verdor, color, grosor. La misma ley de analogía rigió entre los romanos las formaciones toponímicas. La fortuna que hizo en ellas el diptongo *ia*, puede ser debida a múltiples sugerencias. Requeríanse formas a la vez sustantivas y femeninas, y las existentes en *ia*, desinencia característica de los nombres de mujer, daban el modelo más perfecto. Los fácilmente latinizables topo-

nímicos griegos en *ia*, tampoco dejarían de concurrir al éxito de la desinencia.

Los franceses, que de provincia hicieron Provençe, adoptaron especialmente la *e* para desinencia de los nombres de que hablamos. De este modo, aunque Argentine es también en francés una forma adjetiva, y como quiera que ellos suelen acompañar de artículo estos nombres, Argentine es en francés un nombre de país y de nación, más perfecto que en español es Argentina. Por eso los franceses, cuando están contentos de nosotros, pueden gritar «¡Vive l'Argentine!» casi con igual desembarazo que «¡Vive la France!»

Los españoles, en la derivación vulgar, solieron corregir los nombres en *ia*, destruyendo el diptongo (Andalucía) o machucando la sílaba *nia* (España), pero por lo demás se mantuvieron tanto o más fieles que los italianos a la desinencia *ia*, y en general se adaptaron a ella en las corrupciones y adaptaciones de nombres extranjeros, como Suecia, Islandia, Colonia, Maguncia, Prusia.

En los tiempos contemporáneos la desinencia *ia* ha quedado establecida casi universalmente para los nuevos toponímicos. Los anglosajones la respetaron en muchos nombres latinos, y la adoptaron para otros, como en Columbia, Pennsylvania y Philadelphia. Durante el siglo pasado todo el Océano Pacífico quedó constelado de nombres en *ia*, que son universales.

Si nosotros hubiésemos de tener un nombre en *ia*, útil para facilitar la explosión de nuestro entusiasmo patriótico, tendría que ser la forma sustantiva de argentino, y rigurosamente derivado, Argentinia. Este sería un nombre como Francia, España, Rusia, y tendría sobre los nombres como Chile y Brasil, de la familia Chaco, Pampa y Acre, la ventaja que tienen aquellos otros, es a saber, la de estar menos pegados al suelo, la de ser más aptos para significar la idea de nación en todas sus dimensiones.

Pero los nombres de país y de nación cuya inicial es *a*, principalmente cuando ésta no constituye sílaba y el acento tónico no favorece al vocablo, presentan el inconveniente de prestarse a la cacofonía. No podríamos evitarlo con aquélla ni con forma sustantiva alguna de Argentina. Razón de más para que tratásemos de mejorar la palabra en otros de sus elementos. Argentinia tiene exceso de *ies*, y recuerda la fea risa de un simio. Argentinia, que tiene el inconveniente de recordarnos el nombre infeliz de Patagonia, parece nombre más apropiado para una fornida dama de la escoba. A mí me gustan los nombres como Transilvania, Lusitania, Luisiania, Tucumania. Si no fuesen los riesgos y dificultades anejos a la empresa, yo daría, para uso del mapa y de la Historia, el nombre de Argentinia. Con todo, ¡viva la Argentina! ¡Viva la gallina, aunque sea con su pepital!





## Una taza de te



Ayer de mañana tropecé en la calle con una muchacha delgada, de vestido un poco más largo que lo regular, y bastante mona, a lo que me pareció. Me volví a mirarla y la seguí con los ojos hasta que dobló la esquina, tan poco preocupada ella por mi plantón, como pudiera haberlo estado mi propia madre. Esto es frecuente.

Tenía, sin embargo, aquella figurita delgada un tal aire de modesta prisa en pasar inadvertida; un tan franco desinterés respecto de un badulaque cualquiera que con la cara dada vuelta está esperando que ella se vuelva a su vez; tal cabal indiferencia, en suma, que me encantó, bien que yo fuera el badulaque que la seguía en aquel momento.

Aunque yo tenía qué hacer, la seguí, y me detuve en la misma esquina. A la mitad de la cuadra cruzó y entró en un zaguán de casa de alto.

La muchacha tenía un traje oscuro, y muy tensas las medias. Ahora bien, deseo que me digan si hay una cosa en que se pierda mejor el tiempo que seguir con la imaginación el cuerpo de una chica muy bien calzada, que va trepando una escalera. No sé si ella contaba los escalones; pero juraría que no me equivoqué en un sólo número, y que llegamos juntos a un tiempo al vestíbulo.

Dejé de verla, pues. Pero yo quería deducir la condición de la chica del aspecto de la casa, y seguí adelante, por la vereda opuesta.

Pues bien: en la pared de la misma casa, y en una gran chapa de bronce, leí:

DOCTOR SWINDENBORG  
FÍSICO DIETÉTICO

¡Físico dietético! Está bien. Era lo menos que me podía pasar esa mañana. Seguir a una mona chica de traje azul marino, efectuar a su lado una ideal ascensión de escalera, para concluir...

¡Físico dietético!... ¡Ah, no! ¡No era ese mi lugar, por cierto! ¡Dietético! ¿Qué diablos tenía yo que hacer con una muchacha anémica, hija o pensionista de un físico dietético? ¿A quién se le puede ocurrir hilvanar, como una sábana, estos dos términos disparatados: amor y dieta? No era todo eso una promesa de dicha, por cierto. ¡Dietético!... ¡No, por Dios! Si algo debe comer, y comer bien, es el amor. Amor y dieta... ¡No, con mil diablos!

Esto era ayer de mañana. Hoy las cosas han cambiado. La he vuelto a encontrar, en la misma calle; y sea por la belleza del día, o por haber adivinado en mis ojos quien sabe qué religiosa vocación dietética, lo cierto es que me ha mirado.

hoy, hace apenas una hora, ella acaba de mirarme en la misma calle y en la misma cuadra, y he leído claro en sus ojos el alborozo de haber visto subir límpido a mis ojos un fraternal amor dietético...

¡Al diablo el amor!

Han pasado 40 días. No sé ya qué decir, a no ser que estoy muriendo de amor a los pies de mi chica de traje oscuro... Y si no a sus pies, por lo menos a su lado, porque soy su novio y voy a su casa todos los días.

Muriendo de amor... Y sí, muriendo de amor, porque no tiene otro nombre esta exhausta adoración sin sangre. La memoria me falta a veces; pero me acuerdo muy bien de la noche que llegué a pedirla.

Había tres personas en el comedor — porque me recibieron en el comedor — el padre, una tía y ella. El comedor era muy grande, muy mal alumbrado y muy frío. El doctor Swindenborg me oyó de pie, mirándose sin decir una palabra. La tía me miraba también, pero desconfiada. Ella, mi Nora, estaba sentada a la mesa y no se levantó.

Yo dije todo lo que tenía que decir, y me quedé mirando también. En aquella casa podía haber de todo; pero lo que es apuro, no. Pasó un momento aún, y el padre me miraba siempre. Tenía un inmenso sobretodo peludo, y las manos en los bolsillos. Llevaba un grueso pañuelo al cuello, y una barba muy grande.

— ¿Usted está bien seguro de amar a la muchacha? — me dijo al fin.

— ¡Oh, lo que es eso! — le respondí.

No dijo nada, pero me siguió mirando.

— ¿Usted come mucho? — me preguntó.

— Regular — le respondí, tratando de sonreírme.

La tía abrió entonces la boca, y me señaló con el dedo, como quien señala un cuadro:

— El señor debe comer mucho... — dijo.

El padre volvió la cabeza a ella:

— No importa — objetó. — No podríamos poner trabas en su vía...

Y volviéndose esta vez a su hija, sin quitar las manos de los bolsillos:

— Este señor te quiere hacer el amor — le dijo.

— ¿Tú quieres?

Ella levantó los ojos tranquila y se sonrió.

— Yo sí — repuso.

— Y bien — me dijo entonces el doctor, empujándome del hombro — usted es ya de la casa; siéntese y coma con nosotros.

Me senté enfrente de ella y cenamos. Lo que comí esa noche, no sé, porque estaba loco de con-

«Hoy la he visto... la he visto... y me ha mirado...»

¡Ah, no! Confieso que no pensaba precisamente en el final de la estrofa. Lo que yo pensaba era esto: cuál debe ser la tortura de un grande y noble amor, constantemente sometido a los éxtasis de una inefable dieta...

Pero que me había mirado, esto no tiene duda. La seguí, como el día anterior; y como el día anterior, mientras con una idiota sonrisa iba soñando tras los zapatos de charol, tropecé con la placa de bronce:

DOCTOR  
SWINDENBORG  
FÍSICO DIETÉTICO

¡Ah! ¿Es decir que nada de lo que yo iba soñando podría ser verdad? ¿Era posible que tras los aterciopelados ojos de mi muchacha no hubiera sino una celestial promesa de amor dietético? Debo creerlo así, sin duda, porque

tento con el amor de mi Nora. Pero sé muy bien lo que hemos comido después, mañana y noche, porque almuerzo y ceno con ellos todos los días. Cualquiera sabe el gusto agradable que tiene el te, y esto no es un misterio para nadie. Las sopas claras son también tónicas y predisponen a la afabilidad.

Y bien: mañana a mañana, noche a noche, hemos tomado sopas ligeras y una liviana taza de te. El caldo es la comida, y el te es el postre; nada más.

Durante una semana entera no puedo decir que haya sido feliz. Hay en el fondo de todos nosotros un instinto de rebelión bestial que muy difícilmente es vencido. A las tres de la tarde comenzaba la lucha; y ese rencor del estómago digiriéndose a sí mismo de hambre; esa constante protesta de la sangre convertida a su vez en una sopa fría y clara, son cosas éstas que no se las deseo a ninguna persona, aunque esté enamorada.

Una semana entera la bestia originaria pugnó por clavar los dientes. Hoy estoy tranquilo. Mi corazón tiene cuarenta pulsaciones en vez de setenta. No sé ya lo que es tumulto ni violencia, y me cuesta trabajo pensar que los bellos ojos de una muchacha evoquen otra cosa que una inefable y helada dicha sobre el humo de dos tazas de te.

De mañana no tomo nada, por paternal consejo del doctor. A mediodía tomamos caldo y te, y de noche caldo y te. Mi amor, purificado de este modo, adquiere día a día una transparencia que sólo las personas que vuelven en sí después de una honda hemorragia, pueden comprender.

Nuevos días han pasado. Las filosofías tienen cosas regulares, y a veces algunas malas. Pero la del doctor Swindenborg — con su sobretodo peludo y el pañuelo al cuello — está impregnada de la más alta idealidad. De todo cuanto he sido en la calle, no queda rastro alguno. Lo único que vive en mí, fuera de mi inmensa debilidad, es mi amor. Y no puedo menos de admirar la elevación de alma del doctor, cuando sigue con ojos de orgullo mi vacilante paso para acercarse a su hija.

Alguna vez, al principio, traté de tomar la mano de mi Nora, y ella lo consintió, por no disgustarme. El doctor lo vió, y me miró con paternal ternura. Pero esa noche, en vez de hacerlo a las ocho, cenamos a las once. Tomamos solamente una taza de te.

No sé, sin embargo, qué primavera mortuoria había aspirado yo esa tarde en la calle. Después de cenar quise repetir la aventura, y sólo tuve fuerzas para levantar la mano y dejarla caer inerte sobre la mesa, sonriendo de debilidad como una criatura. El doctor había dominado la última sacudida de la fiera.

Nada más desde entonces. En todo el día, en toda la casa, no somos sino dos sonámbulos de amor. No tengo fuerzas más que para sentarme a su lado, y así pasamos las horas, helados de extraterrestre felicidad, con la sonrisa fija en las paredes.

Uno de estos días me van a encontrar muerto, estoy seguro. No hago la menor recriminación al doctor Swindenborg, pues si mi cuerpo no ha podido resistir a esa fácil prueba, mi amor en cambio ha apreciado cuanto de desdiable ilusión va ascendiendo con el cuerpo de una chica de oscuro que trepa una escalera. No se culpe, pues, a nadie de mi muerte. Pero a aquellos que por casualidad me oyeron, quiero darles este consejo de un hombre que fué un día como ellos: Nunca, jamás, en el más remoto de los siglos, pongan los ojos en una muchacha que tiene mucho o poco que ver con un físico dietético. Y he aquí por qué: La religión del doctor Swindenborg — la más alta idealidad que yo haya conocido, y de ello me vanaglorio al morir por ella — no tiene sino una sola falla, y es ésta: haber unido en un abrazo de solidaridad al Amor y la Dieta. Conozco muchas religiones que rechazan el mundo, la carne y el amor. Y algunas de esas religiones son notables. Pero admitir el amor, y darle por único alimento la dieta, es cosa que no se le ha ocurrido a nadie. Esto es lo que yo considero una falla del sistema, y acaso por el comedor del doctor vaguen de noche cuatro o cinco desfallecidos fantasmas de amor, anteriores a mí.

Que los que lleguen a leerme huyan pues de toda muchacha mona cuya intención manifiesta es entrar en una casa que ostenta una gran chapa de bronce. Puede hallarse allí un gran amor, pero puede haber también muchas tazas de te.

Y yo sé lo que es eso.





VIDA ÍNTIMA  
ÓLEO DE LUCIÉN SIMÓN.

DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR JOSÉ R. SEMPRÚN.





# Desde París?

## El tedio de las "estrellas"

—¿Qué hacen?— me pregunté... —¿Cómo pasan la guerra?... ¿Visten acaso el hábito de las enfermeras?... ¿Preparan, para los días de paz, sensacionales reapariciones?... ¿Han emigrado a lejanas tierras?... ¿O, en fin, han hecho lo que aquí se llama *une mauvaise fin*, casándose con algún «aprovechador» de la guerra, con alguno de estos mercachifles que en 1914 no tenían camisa y que ahora gastan millones?...

Y para hallar verídica respuesta a mi pregunta, y para salir de tan inquietante duda, he ido en busca de las «estrellas»; de las estrellas de nuestro lejano cielo de la paz: de las Evas de nuestro perdido paraíso...

Monna Delza me dice:

—¿Lo qué hago, desde agosto de 1914?... Aburrirme, amigo mío... Aburrirme desesperadamente... Todos mis amigos se baten en los frentes del Norte, o del Este, o de Oriente... Muchos han muerto... He hecho algunos papeles... He estrenado algunas cosas en París y en la Riviera... Pero aquí y fuera de aquí, falta el ambiente... La tragedia que vivimos es tan grande que todas las tragedias de la fantasía nos parecen ya triviales... En este momento, lo mejor que podemos hacer, autores y actores, es no escribir ni representar... No hay lugar para la farsa, entre los duelos que a todos alcanzan...

Habla así, la divina Delza, y mientras habla, sus manos acarician la noble frente de un «san-bernardo» gigantesco... El perro se humilla con delicias de esclavo enamorado... La bella le contempla, sonriendo... Comenta:

—Este es mi único, mi fiel compañero... Gracias a él, la ausencia de los que no vuelven se me antoja menos dura... ¿Verdad, *Sul-*

ASÍ HABLA LA DIVINA DELZA, Y MIENTRAS HABLA, SUS MANOS ACARICIAN LA NOBLE FRENTE DE UN «SAN-BERNARDO» GIGANTESCO; EL PERRO SE HUMILLA CON DELICIAS DE ESCLAVO ENAMORADO...

tán?... Tú no me abandonas...

Polaire me dice:

—¿Lo qué hago, durante la guerra?... Ya puede usted figurárselo... Willy podría encabezar la última de esas «Claudinas» que yo encarné, con el poco ameno título de:

*Claudina se aburre*... Sí, amigo mío, ¡Claudina se aburre inefablemente! El teatro no existe... El arte no existe... Ni las revistas a base de «coro de aliados» son comedias, ni los libros guerreros son literatura... Vivimos en la edad de hierro, que es la del tedio... Y para colmo de amargura, los profetas nos anuncian que de esta crisis ha de salir Francia transformada en un pueblo serio, sin travesura, sin frivolidad, sin alma francesa... ¡Habrà que morir o tendremos que emigrar, para no verlo!...

Enervada, Polaire se agita... Va y viene... Se sienta y se levanta... Tras de ella, siguiendo sus pasos, va y viene y se sienta y se levanta *Flic*... *Flic* es el pequeño «bull» de Polaire: el amigo inseparable de Claudina. Viéndole copiar sus gestos y adoptar sus actitudes, Polaire ríe de pronto con argentina, inextinguible risa... Y mostrándome el perillito, declara:

—Mi único consuelo es *Flic*... El me distrae... El es mi bufón y soy su reina...

Napierkowska me dice:

—Trabajo siempre... A pe-

ENERVADA, POLAIRE SE AGITA... VA Y VIENE... SE SIENTA Y SE LEVANTA... TRAS DE ELLA, SIGUIENDO SUS PASOS, VA Y VIENE Y SE SIENTA Y SE LEVANTA «FLIC»... «FLIC» ES EL PEQUEÑO «BULL» DE POLAIRE: EL AMIGO INSEPARABLE DE CLAUDINA...





sar de la guerra, se sigue bailando... Y hago «films»... Pero ¡ay!... esto no es *aquello*... No es el alegre torbellino del tiempo de paz... Nuestro público ha cambiado, y ahora es para nosotras un desconocido. Aquel otro público al que amábamos y que nos adoraba, aquel. ¡Dios sabe dónde está!... Murieron muchos amigos... Otros penan en los hospitales... Otros, en las trincheras... ¡Un espanto!... Y lo triste es que jamás, jamás volveremos a la vida aquella del pasado... El de esta guerra será como una gran sombra que pesará sobre los años venideros, ¡sobre todo lo que nos queda de vida!... En fin... ¡Fatalidad!... ¿No es cierto, «Nadia»?

«Nadia» es una perrilla faldera, huraña y agresiva, que la gran artista rusa cobija sobre su regazo...

«Nadia» gruñe levemente, y alza, hacia su dueña, el foscó mirar de sus

ojillos velados por la edad... Napierkowska me explica:

— «Nadia» es muy vieja... muy vieja... Tiene bien cumplidos sus quince años... Pero es mi amiga y mi «mascota»... Gracias a ella no estoy sola, y cuando la desgracia viene hacia mí, «Nadia» la aleja...

De vuelta a mi estudio, he escogido entre las fotografías de mi archivo, algunas instantáneas sobre las cuales aparecen grupos de niños, huérfanos de la guerra, a quienes todos los días, por decenas, por centenares, recoge y alberga la fría caridad oficial.



NAPIERKOWSKA ME DICE: — ¡LO TRISTE ES QUE JAMÁS, JAMÁS VOLVEREMOS A LA VIDA AQUELLA DEL PASADO!... EL DOLOR DE ESTA GUERRA SERÁ COMO UNA GRAN SOMBRA QUE PESARÁ SOBRE LOS AÑOS VENIDEROS... EN FIN... ¡FATALIDAD!... ¿VERDAD, «NADIA»?... — «NADIA» ES UNA PERRILLA FALDERA, HURÑA Y AGRESIVA, QUE LA GRANDE ARTISTA RUSA COBIJA EN SU REGAZO...



MADAME SIMONE, EN DIÁLOGO CON SU FERRO FAVORITO.



UNA DE LAS ECLIPSADAS «ESTRELLAS» QUE HA REFUGIADO SU TENDIO EN UN RINCÓN DEL CAMPO SOBRE LA «ESCONDIDA SENDA» DEL POETA.

Son niños que perdieron padre y madre, y hermanos, y abuelos... Son niños que en el trágico y ensangrentado mundo están solos, solos, solos... Son niños que ni al despertar ni al adormecerse reciben de nadie un beso, jamás...

Envío un ejemplar de esas fotografías a cada una de nuestras eclipsadas estrellas, las que se aburren, las que mueren de tedio, y sólo distraen sus ocios prodigando ternura y solicitud a los *san-bernardos*, a los *bull*, a los *fox*...

¿Por qué, vosotras, las bellas, que al cabo sois mujeres, no ilumináis el ocaso de vuestra vida y de vuestra gloria con el amor verdaderamente humano hacia un niño: hacia uno de estos pobres e inocentes niños, huérfanos de la guerra, que al despertar o al adormecerse no reciben de nadie un beso?...

ANTONIO G. DE LINARES.

París, 1917.





## EL RESERVAO

- ¡Cácelo de la oreja! Tápele el ojo.
- Y está, saltalo. ¿Tuviste?
- Lárguelo... ¡Alfa púa!
- ¡Dios te ayude!

El trabajo se paralizó. Los peones se subieron los más a las bardas del corral. Mirando absortos aquella prueba; los cinco sentidos en los ojos. Por la playa, el potro se hacía «astillas». Era una pluma que un remolino furioso batiese en tumbos y escapes. En cada corcovo liaba dos, tres, más cimbrones en falso sobre las alas del aire. Le roncaba en la garganta un estertor rabioso, bellaqueaba «los gritos». Y el acero de las piernas viriles, crujía; los ojos seguían fijos la línea entre las dos orejas, para mantenerse en calce. El rebenque circunscribía un ritmo de equilibrista, castigando en cruz sobre las dos paletas. De repente el potro se hizo una bola, la cabeza entre las manos, tocando con el hocico la cincha.

- ¡A que lo baja!
- Voy a nada... ¡Es muertol!
- ¡Descuélguesel...
- ¡Animal malazo!

Y más allá se retorció en un arco, corcoveando a vueltas: un vórtice, una tromba, un rayo sobre un eje.

- ¡Jesús lo ampare!
- ¡A que charquea!
- Nunca; ¡ante muertol!

Se divisaba al domador, en la vivacidad del ovillo, blanco, mortal; ya no podía castigar. En uno de los corcovos lo ladeó. Los peones cerraron los ojos. Pero el apadrinador, veloz y gaucho, le largó el caballo encima, a la lonja, en un golpe con los encuentros. Y llevó lo afirmado, recto, en el corte lineal. No se le despegó del flanco, a gritos y ademanes. Y el potro entró de nuevo por la boca del corral, dominado, chorreando sangre y espumas.

En el campo de la estancia, sobre el camino que

lo cruza, rebalsa el nido de una paloma. Ya está para volar, con plumas de quince octubres...

Por allí pasea en las tardes su potro y sus delirios el domador. Anda corriente el animal, da a las riendas, se deja montar en pelo; pero en sus ojos, vidriosos y almados, culebrea un hondo brillo salvaje. Todo su pasado chúcaro y terco, se le concentra en aquel brillo, como a encenderse... Un carrito de vara y ladero para en el camino.

— ¿Qué tal le va saliendo el redomón? Güeno, amigo?

— Güeno, don... Ya lo tengo arrocinado, v'a salir como seda en la boca.

— Bien dicen que no hay malo que no se amanse. Tamién cuasi me lo dijuntea...

— Cierito é. He quedao medio resentido e los bofes.

— ¡Lindo pelo! Com'oro e trenza e mujer la clinal!

— ¡Y v'a salir ligero, viera!... L'hecho una tropellada a una manada, así bruto como es, y a las dos cuadradas tuve con ellos, entreverao con las yeguas, palmeándoles el lomo.

— ¡Bienhaiga!... Si se le ve la hebra e güeno... A ver si lo saca e calidá.

— ¡Da lástima entregar un animalito ansí! Ya el patrón mozo me lo recomendó pa su silla. Reviéntese uno, pa nada... ¡Si es como pa estaquearse las patas, pa qu'el primer potro que uno se le siente, lo baje como un pájaro! O sancocharlos a todos, de sentimiento...

— Ansina no ma é. Uno s'encariña... ¿Qué se le v'hacer?... Hasta otra vista, pues.

No se equivoca, no. Nunca su corazón lo ha engañado. Cuando el redomón sea un flete, una pintura de lujo, por allí mismo vendrá el patrón mozo, por las tardecitas, a requebrar la paloma. Con todo su orgullo de varón en la soberbia del parejero. Vendrá, vendrá... Reluciendo el herraje. (La presunción se le hace real). Y él, que está reventado, con un bofe destruido, ha de quedarse en un rincón, mudo y solo, como perro con gusanos. Y el anca de seda, del flete flor, sentirá la ventura del roce de la pollera, en cualquier tarde de amores... ¡Nunca! Se alza, como un haz de nervios, frente a la noche que cae. Y en su alma se estremece el último centauro... En los

ojos del potro el horizonte pinta dos fuegos vivos.

Allá, sobre el crepúsculo, hay vellones de borascas. De improviso una cuchillada de luz los parte, y por el tajo se ve un fondo de sangre, como otro mundo. En los nervios relincha, brama el centauro, el salvaje, el «reservao»; el instinto chúcaro e invencible del que rindiera, a su imperio libre y poderoso, la osadía de todos los domadores... Y directo a aquella brecha, como a embocarse, el potro ruano, pelo de oro, desaparece con el jinete, en una carrera loca. ¡Es una llamarada que se hunde en la noche!

— ¡Arrime, arrime!

— ¡Ataje allá!

— Métales el caballo... ¡Entro, entro!

El tumulto rellena el corral de palo a pique, en avalancha brutal y resonante. Los tres peones se apean bajo la maroma de las trancas. Los animales remolinean y bufan.

— ¡Juna, los baguales!

— D'esta mesma manada supo ser el malo e la estancia. El ruano.

— Pu'eso que son como brujos, estos malditos...

— Y diga, don... ¿No se habrá sabido nada del perdido?

— Ni las memorias. Se lo ha tragao la tierra.

— ¡Mozo juertón pal basto, chal... No he vist'otro. ¡Capaz e domar al diablo!

— Pa mí que existe algún misterio, sabe, en esa pérdida del reservao y él.

— Pa todos es mala, algo hay...

Y el primero:

— El mesmo diablo ai ver sido, ¡cren Dios padre! Hasta pelo e mujer tenía; yo lo vi l'última tarde; ¡los ojos eran como unos infiernos! — y se santigua. Los paraliza un silencio de cavilación.

— ¡Ah!... ¿Saben? El inglés mayordomo dicen que lo ha demandao p'hurto.

Los otros dos abren la boca, se les contraen las facciones en el asombro supremo, y alcanzan:

— ¡Si tendrá cruz en el mate! ¡Pero vay'a ser bárbaro!

ALBINO DARDO LÓPEZ.

GOUACHE DE ZÁVATTARO.



# PAGINAS

# FEMENINAS



SEÑORITA JOSEFINA UDAONDO. SEÑORITA MANUELA LLOVERAS.



TEATRO DE LA ÓPERA.



SEÑORA LUCRECIA GUERRICO DE RAMOS MEJÍA. SEÑORA CARMEN MARCÓ DEL PONT DE RODRÍGUEZ LARRETA.

Quidenous, quand sur lui quelque douleur s'écoule  
Ne s'est glissé, vibrant au souffle de la foule,  
Dans le théâtre empli de confuses rumeurs!  
Comme un soupir parfois perd dans desclameurs  
Qui n'a jeté son âme, à ces âmes mêlées,  
Dans l'orchestre, où frissonne une musique ailée,  
Où la marche guerrière expire en chant d'amour,  
Où la basse en pleurant apaise le tambour!

!Ecoutez! écoutez! du maître qui palpite,  
Sur tous les violons l'archet se précipite,  
L'orchestre tressaillant rit dans son antr'o noir,  
Tout parle.....

VICTOR HUGO.

« ¡Qué luz!... ¡Qué esplendor!... ¡Qué lujo!... »

No es posible explicar con mayor exactitud la impresión que nos sobrecoge al presenciar por vez primera el espectáculo de una noche de gala en nuestro suntuoso Colón... Convencida, que no sabría reflejar fielmente para ustedes, mis lectoras amigas, ese feérico cuadro, transcribo el párrafo del maestro, cuya alma ha vivido intensamente con nosotros, reflejando luego sus sensaciones, con exquisito arte y sinceridad: « ¡Qué luz!... ¡qué esplendor!... ¡qué lujo!... Todos los esmaltes, y todos los oros de las decoraciones palidecían, ante aquel derroche de matices vivos. Y no era un derroche de joyas, no; no era una riqueza fácil y de gusto dudoso lo que constituía tal iluminación... Eran los esmaltes frescos de las mejillas, eran los alabastros de las manos, eran los zafiros y las turquesas de las pupilas, eran los mármoles de las gargantas, y eran, además, los áureos reflejos de las cabelleras rubias, y las sombrías madejas de las cabelleras negras, y eran, en fin, las gasas, los tules, los encajes, lo que hacía el cuadro mil veces más grandioso y más gracioso, y más rico también, que todos los que hasta entonces había yo visto... » (1).

Y el cuadro maravilloso perdura, a pesar de todas las vibraciones de dolor y de agonía que llegan hasta nosotros, y que debieran penetrar muy hondo en nuestros corazones... pero son tantos, y tan avasalladores, los intereses creados, que hasta se han desafiado los mayores peligros, para que nuestra sociedad entera no se viera privada de su temporada lírica tradicional... Sin embargo debemos convenir, lectoras amigas, en que el « estreno » de este año no revistió la importancia social de temporadas anteriores... hablo por referencias, puesto que no pude ocupar esa noche mi rinconcillo de costumbre, pero la sobriedad de ciertas crónicas, despertó mi desconfianza; hay un síntoma fatal, que no

(1) E. Gómez Carrillo.

engaña jamás... y es el ver figurar en determinadas listas, al lado de nombres que significan abo-lengo, distinción, o simplemente un capricho de la moda, los nuevos, los desconocidos, los que nos hacen palpar, que, siguiendo la ley ineludible, la marea sube... sube... Al ver reunidos en tan singular consorcio, elementos absolutamente opuestos, hubiérase podido comparar la grandiosa sala a una corbille de orquídeas y tulipanes, en la que una mano aturdida colocara también flores de azúcar y copetes... Para quien no conoz-

ca la vieja aristocracia porteña, el espectáculo, es siempre el mismo, soberbio, suntuoso... y es que predomina, en medio de nuestra evolución vertiginosa, un don de asimilación exterior, sorprendente; debido a ese don, el elemento femenino de ambiente muy distinto, no desentona en ese conjunto tan singularmente armonioso... Pocas noches después, sin embargo, y tal vez por ser el turno preferido por el núcleo tradicional, se congregaban en la misma sala las personalidades femeninas que « font la pluie et le beau temps » en nuestros círculos mundanos y que han de lamentar, eso sí, por más justo que eso sea, el terreno que se va cediendo poco a poco...

Por eso, las viejas porteñas amigas de descubrir en el vasto recinto todas las cabcitas doradas o sombrías que nos interesan, no nos conformamos con haber perdido la sala de la Ópera, y hasta la vieja sala del primitivo Colón: hemos ganado en suntuosidad, ¡qué duda cabe! pero en el inmenso hemicíclo que es hoy el soberbio escaparate de la belleza y la elegancia de Cosmópolis, no podemos contemplar sino de lejos las siluetas más esbeltas, los rostros más agraciados, de las que constituyen el mayor encanto del mágico espectáculo... Susana y María Luisa Rodríguez Quintana, Manue-

var siempre el selecto exclusivismo que heredara de nuestro viejo y reducido Colón, donde se consagraron tantas celebridades artísticas, y en cuya sala pudimos admirar las más lindas mujeres de mi tiempo...

¿Quien puede olvidar, aun después de los años transcurridos, el soberbio espectáculo que ofrecía cada noche la deslumbradora sala, con sus millares de luces, sus adornos, y sobre todo con sus palcos y plateas ocupados por lo mas selecto de la sociedad de entonces?

¿Quién no recuerda en un palco del frente de aquella sala, la radiante hermosura de Mercedes Castellanos de Anchorena, vestida

la Lloveras, Marta y Carmen Sauze, María Carolina Harilaos, Ana Rosa Schlieper, Josefina Pearson, Mercedes de Alvear, las señoritas de Ocampo y de Bosch Alvear, de Obejero Urquiza, Magdalena y Mercedes Ortiz Basualdo, Josefina Cantilo Achaval, son hoy las flores que viven, que sonríen, en la sala deslumbradora, que se nos antojaría solemnemente fría, si no pudiera encerrar tanta gracia seductora...

Cuántas otras figuras tan deliciosamente niñas como ellas he visto vibrar con todas las enociomes juveniles, en las ya lejanas temporadas de la Ópera, en los últimos años del viejo Colón... Elisa y Delia de Alvear, Susana y Helena Quintana, Zelmira Paz, Josefina Unzué, Teresa Urquiza, Carolina Benítez, Celia Sahores, Clara Cobo, Zulema Saavedra Lamas, Carmen Marcó del Pont, María Teresa Quintana, Alita y Estela Livingston, Adelia Harilaos, María Correa Morales, Consuelo y Rosa Mansilla, Meneca Sánchez, Susana Demaría, reinaron con todo el prestigio de su belleza y exquisita distinción, en la aristocrática sala de la calle Corrientes, que supo conser-

var siempre el selecto exclusivismo que heredara de nuestro viejo y reducido Colón, donde se consagraron tantas celebridades artísticas, y en cuya sala pudimos admirar las más lindas mujeres de mi tiempo...

¿Y quién podrá vencer tampoco el recuerdo de los artistas que pudimos escuchar en esas noches memorables?... Cruzaron aquella escena, Adelina Patti, la Siebs, la Vysiak, y la Rubini, Gayarre, y luego, concertistas como Sarasate, Ritter, Carlota Patti... Entonces como ahora, mi espíritu investigador, no me permitía disfrutar ampliamente como sería mi deseo, de ese feérico cuadro, todo luz, todo armonía... de ese doble espectáculo de la escena y de la sala, que sólo nos es dado contemplar en las brillantes manifestaciones de nuestra vida mundana... Y en vez de ceder a la mágica sugestión de ese ambiente de ensueño, oía, como oigo murmurar siempre, a mi oído, el canto del insigne maestro...

Quidenous, quand sur lui quelque douleur s'écoule  
Ne s'est glissé, vibrant au souffle de la foule,  
Dans le théâtre empli de confuses rumeurs!

Cuánto dolor oculto bajo la radiante superficie... más intenso aún, que los que vemos interpretar por nuestros cantantes predilectos... Y entre aquellas mismas celebridades femeninas, ¿quién habría podido imaginar entonces la misteriosa senda de su destino? ¿Quién habría podido penetrar siquiera a tientas, los ocultos designios que habrían de guiarlos? Entre tantas añoranzas, veo como las privilegiadas de la suerte lograron cruzar la vida entre afectos y alegrías... Cuando se contempla como lo hago yo, con serenidad y absoluto desprendimiento de las ventajas mundanas, el largo camino recorrido, recordando los sinsabores y amarguras, que ensombrecieron tantas de esas vidas llenas entonces de luz y de contento, comprendo que si me atrae intensamente aún, a pesar de mis años, una de las fastuosas solemnidades del Colón de hoy en día, es que me guía un anhelo que nos es común, a cierta altura de la vida...

Qui de nous, n'a cherché le calme dans un chant!

LA DAMA DUENDE.



ANTIGUO TEATRO COLÓN.



SEÑORITA MERCEDES ALVEAR.



TEATRO COLÓN.





## CONSEJOS-A UNA MUJER

Supera tus actos toda la vida e irás en el camino del progreso y del bien.

Las efemérides deben contarse por etapas de progreso y de bien. No es el tiempo que marcan los hombres en la tierra, lo que señala las evoluciones de la vida, son los hechos transcendentales, de la vida del espíritu que nos lleva a otros planos, cada vez superiores y mejores, lo que indica nuestro ascenso hacia Dios.

Luchar, debe ser el lema eterno. Luchar en todos los campos de acción en que prime la mentira, el error y la vanidad de la ignorancia. Luchar valientemente, de frente al enemigo; con la sonrisa que atrae; pero con la energía que da la convicción del ideal que se persigue, y de la fuerza que se pone al servicio de la causa. Mucho amor, aún para los enemigos de las buenas causas; pero también mucha energía serena, para combatirlos y obligarlos a cambiarse de enemigos o indiferentes, en defensores de las causas que ennoblecen y enaltecen.

Yo quisiera darte un poder de combatividad capaz de arderar al mundo y transformarlo, llevando este triste y pobre planeta, patria actual de nuestras almas, a regiones sublimes de espiritualización.

Lucha y combate, no pierdas la calma; pero no te arredres.

Campos variados tiene la mujer hoy, en que actuar y llevar al sol de su cariño, sol vivificador que deberá hacer resurgir la poca vida, que se empeñan en matar, la hipocresía, la vaciedad social, pero que existe en toda alma y que es necesario escarbar hasta dar con la simiente y, entonces segarla generosamente con luz de verdad, de valor y de cariño y verás pronto los frutos que darán.

Una simiente que hagamos fructificar, será un oasis en el desierto de la esterilidad de la vida general de la actualidad.

A luchar, pues, compañera. Aprontad el bagaje. Sé como los caballeros de la Edad Media que siempre tuvieron su tizona pronta para enristrarla en defensa de su dama. Quijotes de la buena causa, con la calma de Sancho y los ímpetus sublimes del amo de la fantasía.

SERENÍSIMA.



## LA GUERRA

La humanidad perpetúa, en una semana llamada de Pasión, los martirios de Jesucristo para redimir a los hombres.

Las generaciones futuras perpetuarán los años transcurridos como años de pasión en los que los hombres han sufrido los martirios de Cristo, las madres los dolores de María, las esposas, las hermanas, han derramado amargo llanto implorando por la vida de sus esposos, de sus hermanos sacrificados por la cruenta guerra que todo lo devasta...

Al trazar en nuestra imaginación estos cuadros de horrores, la palabra resulta pobre paleta en la que no se funden en toda su horrorosa intensidad las tintas siniestras que sólo la mente puede fundir allá en sus más recónditas regiones, donde perdurará su imagen imborrable...

Sólo nos resta llorar, llorar, llorar!

DELFINA MITRE DE DRAGO.



El pseudónimo es justamente la antítesis de la luminosa y rubia figura, cuya extraordinaria modestia la hace disimularse en la sombra... esperemos que después de este delicado ensayo, las Páginas Femeninas de "PLVS VLTRA" podrán engalanarse con un nombre que signifique distinción y cultura artística exquisita.

En rentrant dans ma chambre, ce soir, je me sens comme grisée par l'exquis parfum des roses, qui sont, dans un vase sur ma toilette et qu'embaument ma chambre d'un délicieux parfum...

Elles commencent à flétrir déjà... Elles sont peut-être moins belles que lorsqu'elles sont fraîches, mais elles sont d'un charme plus séduisant, leur mélancolie inspire plus de sympathie, elles attirent davantage, on

dirait qu'elles demandent à être caressées et leur parfum est plus pénétrant...

Oh! fleurs penchées dans vos tiges et prêtes à mourir, comme je vous adore!... Jamais comme ce soir, j'ai tant désiré d'être poète, pour chanter votre beauté!...

Chères roses!... pour vous parler il faudrait le faire en vers puisque vous êtes la plus délicate poésie. Votre parfum suave et doux pénètre dans mon âme et m'enivre!...

Oh! roses divines! Reines des fleurs! comme je vous admire et vous aime.

FLEUR D'OMBRE.



El ideal es luz que el alma guía  
Y alas le pone al pensamiento humano;  
Es fuente inagotable de energía,  
Es destello divino, soberano.

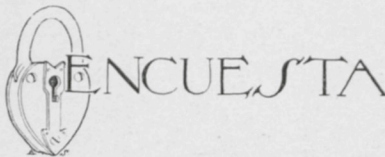
Si él reinara en el orbe, irradiaría  
Su luminosa estela en el arcano  
De la conciencia. Omnipotente, haría  
Que el hombre de cada hombre fuera hermano!

Faltó el ideal. La guerra fratricida  
Desbordó con diluvio de dolores  
El mar de sangre juvenil vertida!

¡Inmensa tumba de ilusión, de amores,  
Cavada por el ruín materialismo!  
¡Muere el ideal... y triunfa el egoísmo!

ROSARIO PUEBLA DE GODOY.

Junio de 1917.



¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto?  
¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle  
esta nueva ley?

Es más fácil expresar un pensamiento por medio de la palabra que por escrito, sobre todo tratándose de un tema largo y complicado como es el de si debe o no aceptar la mujer el divorcio absoluto.

Desde el momento que el contrato matrimonial no se cumple en todas sus bases, como fué establecido y aceptado, ya sea por una parte u otra o ambas, y la vida, unidos, se hace insostenible, no hay razón por qué obligar a dos personas a vivir bajo un mismo techo, si separados esos dos seres podrían ser felices. En estos casos el divorcio absoluto se impone, aceptando con esa ley las ventajas que ella da y todos los perjuicios que acompañan a un mal asunto.

Todas las leyes tienen su parte buena y su parte mala. La buena de ésta serviría para ayudar a las personas de buena voluntad y que buscan un apoyo en esa ley. Para los demás no se necesita crear leyes porque esos harán siempre lo que sus inclinaciones les sugieran.

FANNY C. DE WOODGATE.

Esta cuestión de indiscutible importancia, no debe encararse bajo el punto de vista individual, sino colectivo.

No soy partidaria del divorcio absoluto, para la mujer argentina, porque toda nación para ser grande necesita evolucionar paulatinamente, y como la mujer, en nuestro país, está todavía sometida a leyes civiles, de un atraso inconcebible, en esta época de progreso, debemos solicitar primeramente estas mejoras, que traerían la tranquilidad moral y material a muchos hogares.

El Brasil, comprendiéndolo así, ha sancionado ya leyes admirables en este sentido, y yo vería con agrado que el Consejo Nacional de Mujeres, institución progresista y que debe su apoyo a toda idea que dignifique a la mujer, solicitara del Congreso iguales leyes para nuestras hijas, esposas y madres, pedestal o lápida sobre el cual se levantan o desaparecen las naciones.

ELISA GOROSTIAGA DE AGUIAR.

"Merry Home", San Isidro, mayo, 15, 1917.

## ¿QUIERE V SABERLO?

FEMINISTA. — Hay aquí muchos hombres de talento reconocido, que creen que es un derecho legítimo el derecho del voto en la mujer.

En la República Oriental el proyecto presentado al Congreso persigue el voto para la mujer; pero el voto voluntario, no obligatorio, como existe ya en otros países.

En Holanda, el asunto del sufragio ha llegado a su crisis. A principio de este año se ha presentado al parlamento una nueva constitución con el sufragio para hombres y mujeres.

A propósito de eso, la presidenta de la comisión de Legislación del «Consejo Nacional de Mujeres», doña Etelvina González Chaves de Torello, ha recibido entre otras comunicaciones del exterior, la que transcribimos aquí y que gentilmente ha traducido, ofreciéndonos esos datos, que me complazco en dar a conocer a mi simpática interlocutora, que se oculta tras el pseudónimo «Feminista». Por ellos verá el entusiasmo con que la mujer persigue ese nuevo derecho que cree merecer.

«A fines del año próximo pasado tuvo lugar en Holanda una grandiosa manifestación feminista. Había cerca de 25.000 manifestantes. La procesión fué encabezada por un jinete y dos hermosas jóvenes también a caballo, vestidas con mantos blancos, elevando el estandarte que usan ellas, adornado con flores blancas y amarillas.

Eran éstas seguidas por tres diferentes grupos de mujeres jóvenes. El primer grupo representaba las regiones donde las mujeres han obtenido la igualdad con el hombre en política. El segundo grupo representaba las regiones donde ellas tienen algunos derechos políticos; iba encabezado por la virgen de los Países Bajos, vestida con su coraza y manto rojo, el yelmo en la cabeza y rodeada por doce muchachas representando las once provincias de Holanda y las Indias Holandesas del Este. El tercer grupo llevaba el color verde, el color de la esperanza, y era precedido por un estandarte en el cual estaba escrito: «Los habitantes de los Países Bajos aguardan llenos de esperanza lo que traerá la nueva constitución».

Los miembros de la Vereeniging voor Vromvenkiesrecht, que seguían, habían sido divididos por provincia, con sus correspondientes ramificaciones. Cada una de éstas estaba precedida por tres mujeres jóvenes, vistiendo su traje regional. Además, mujeres paisanas, luciendo trajes pintorescos, daban brillante aspecto a la procesión. Entre las dependencias del Norte de Holanda dirigía «Martytje» con su esposo «Teun» una vieja calesa holandesa de dos ruedas. «Martytje» es conocida en Holanda como la sufragista más decidida y la mejor oradora en su dialecto local; su sencillez para expresarse y su jovial lenguaje, no sólo entretiene a su gran auditorio, sino que hace gran número de adictos a la causa que con tanto ahínco como fe persigue.

Formaban parte de esta enorme manifestación las mujeres socialistas, que iban precedidas de la Comisión Directiva del Partido Democrático Socialista, con sus miembros del Parlamento, llevando sus estandartes y banderas rojas. Es la primera vez que en Holanda, el partido socialista y las mujeres de la clase media se hayan unido con el mismo propósito. Después de este desfile por las calles de Amsterdam, que duró tres horas y media, desde cuatro tribunas doce oradores se dirigieron a los manifestantes adoptándose por unanimidad la resolución de dirigirse al Gobierno para informarle que los ciudadanos de Holanda, hombres y mujeres, necesitan una nueva constitución, en la cual se confiera el sufragio a hombres y mujeres.»



## COMENTANDO

Con el título que sirve de epígrafe a estas líneas, haremos unas publicaciones que abarcarán comentarios y críticas, sin caer jamás en la censura, porque aunque la crítica ponga en cuidado al que la recibe o es objeto de ella, es una alarma injustificada. El fin de la crítica es discernir y separar lo bello de lo defectuoso; lo verdadero de lo falso; lo natural de lo afectado, en una palabra: lo malo de lo bueno.

El principal objeto de esta crítica será el teatro, y atenderemos toda observación que a ese respecto nos hagan nuestras lectoras, dando cabida en estas columnas a toda indicación justa. Haremos una crítica de fondo, general.

Los críticos conceden preferencia a los primores de la ejecución de una obra, aunque algunas veces se desentienda de la idea capital, de la propiedad del lenguaje, y sin desconocer la importancia del pensamiento olvidan la unidad que debe existir, entre la obra, su importancia y los medios de ponerla en escena, sirviendo cada cual para avalorar el conjunto y realizar el fin artístico.

Nuestro teatro, de pocos años a esta parte, tiende a ensanchar su esfera de acción. Antes eran gauchos los únicos que se llevaban a la escena, cuando no costumbres de arrabales o bajo fondo. Hoy se tiende a presentar otro mundo. Podrán equivocarse en la elección, podrán tener un ideal falso; pero esta tendencia prueba que el sentimiento de adelanto existe, como tendencia hacia el mejoramiento. Para coadyuvar a este movimiento de nuestros autores nacionales, hay que inducir a nuestros artistas (y muchas veces a los extranjeros también, cuando aparecen en nuestros principales teatros, precedidos de gran fama) a conducirse en escena.

Se ven a menudo en los teatros, defectos fáciles de remediar, de los que nadie se ha preocupado, y que sin embargo más de una vez han propendido al mal resultado de una obra bien presentada... hasta bonita, que ha fracasado por el ridículo.

A nosotras nos corresponde señalar esas deficiencias que dañan al conjunto... Muchas veces he oído acertadísimas críticas sobre estilo, trajes inadecuados, maneras extravagantes, en labios de las mundanas que saben percibir todos esos pequeños detalles, a los que no prestan mayor intención los que deben analizar la obra en sí... más de una vez, la galantería les obliga a silenciar esas nimiedades que nosotras censuramos como defectos de capital importancia... y tal vez sean más eficaces o mejor recibidos, por lo menos, los consejos de una espectadora profana, pero bien intencionada.

MARÍA LEBEM.





# Beethoven

Mimi y Rodolfo... junto músicos y pintores,  
en la fraternidad de las almas sencillas;  
un calor de esperanzas, de líricos amores  
y el frío de bohemia de todas las bohardillas

Llega Musette, derrocha sus risas como flores;  
comenta, con el hambre Colline, sus rencillas;  
Mimi ha hecho hondos sus ojos soñadores:  
el poeta ha leído sus últimas cuartillas!...

Luego alguien va al piano ¿Musette?

Musette va al piano.

Otro artista hace llore el violín sobrehumano...  
(Dipas, melenas, sueños...) ¡Alma lírica y joven!

¡Alma de la bohemia! ¡Todos callan! ¡Tan hondo!  
Con pasos armoniosos ha llegado hasta el fondo  
el divino sollozo del alma de Beethoven!

Montiel Ballesteros.





PLM  
VTRA



FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

ra  
Erther Llavallol  
de Roca





-PLUS ULTRA-



# La Cubana

*Cigarrillos de 40 cts*



# PECTORAL LEGRAIN



**Tos, Bronquitis,  
Catarros crónicos.**

El gusto agradable y la acción IN-MEDIATA e infalible de esta preparación, son las causas que justifican su renombre y fama mundial; si lo duda consulte a su médico.

He aquí la fórmula analizada y aprobada del  
**Pectoral "LEGRAIN"**

Elixir de Garus 800 c. c.  
Benzoato de Soda 10 c. c.  
Terpina.... 5 c. c.  
Clorhidrato Codeína 1 c. c.  
Jarabe de Goma 300 c. c.  
Glicerina.. 600 c. c.  
Thiocol.... 30 c. c.

PÍDASE  
en todas las buenas  
Farmacias y Drogue-  
rías.



Unico representante:  
CAMPONOVO y Cía., Lavalle, 477 - Bs. As.

## CHINOS PESCANDO CON CORMORANES



PESCADORES CHINOS QUE UTILIZAN EL CORMORÁN A MANERA DE ESPINEL INTELIGENTE. ESTA AVE, AMAESTRADA CONVENIENTEMENTE, SE SUMERGE Y CON EL PICO TOMA LOS PECES QUE EL PESCADOR LES QUITA ANTES DE QUE LOS DEVOREN.

# MAPLE & CO

MUEBLES  
ALFOMBRAS  
CORTINAS  
ARTEFACTOS  
DE LUZ  
ELÉCTRICA



MOBLAJES Y  
DECORACIONES  
COMPLETAS  
EJECUTADAS  
EN TODOS  
LOS ESTILOS  
ANTIGUOS Y  
MODERNOS

DORMITORIO DECORADO EN EL ESTILO «COLONIAL ADAMS».  
UNO DE LOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

## 658, SUIPACHA, 658



# Sociedad Argentina de Optometría

Discurso íntegro del primer presidente y organizador de la Sociedad, Manuel Mellado Hidalgo, en el salón de actos públicos de "La Prensa", el día de la inauguración.

Señoras: Señores:

Cumplo con un deber de cortesía al dar las gracias más expresivas a la concurrencia de personas cultas y amantes del saber que deferentemente han venido atendiendo a la convocatoria de la Comisión organizadora de la Asociación Argentina de Optometría para la realización de este acto, en el que desearía disponer de las flores más delicadas del ingenio para ofrecérselas a las señoras y señoritas que han querido traer a esta reunión una nota de gentileza y simpatía.

Supongo a todos los ópticos aquí presentes, por haber respondido a la convocatoria, animados del mismo espíritu y convencidos de que ha llegado el momento de ponernos de acuerdo para ofrecer el núcleo de resistencia eficaz que paralice la acción de todo interés antagónico que pueda existir dispuesto a oponerse a nuestra obra de ciencia y de mejoramiento.

Debemos gratitud a esos intereses que han luchado tanto para que nos reglamenten reformándonos, pues han hecho obra civilizadora, y a ellos se les debe el que nos encontremos reunidos aquí esta noche: únicamente que la reforma y la reglamentación la haremos nosotros solos, porque así se ha hecho con el mayor de los éxitos en otras partes, y por no necesitar la ayuda de nadie para eso.

Los anteojos se aplicaban empíricamente, con gran pobreza de medios y de conocimientos, hasta el día en que el genio de Donders, famoso oculista alemán de mediados del siglo pasado, arrojó la primera luz en el oscuro camino de los examinadores o refraccionistas de aquella época, en la que otro sabio inmortal (Helmholtz) logró ver la retina en el vivo colocándose a observar, con el oftalmoscopio de su invención, en el trayecto de los rayos de luz emergentes del ojo; por lo que fué el primero que vió la circulación de la sangre en el único punto del organismo en que esto puede observarse; y, completando la colosal tríada, el oculista v. Graefe, con su demostración de cómo se forman las falsas imágenes, logró establecer sobre bases inmovibles, como leyes físicas que son, el conocimiento de la miología oftálmica; adelantándose, después, paulatinamente, en el estudio de las anomalías de la refracción visual, hasta el día en que el talento y la perseverancia del óptico Cross, mi ilustre maestro, actual catedrático de refracción visual en la Universidad de Nueva York, hizo el descubrimiento, que ha hecho época, de la skiascopia dinámica.

No se había hablado siquiera, entre los profesionales, del asunto, cuando yo llegué a hacer mi modesto trabajo, aquí, hace 14 años; recordando que un día, al poco tiempo, con motivo de haber examinado los ojos de una señora que había sido cliente del distinguido oculista doctor Moret, profesor suplente de la Facultad, me dijo éste: «Me extraña que encuentre usted ese estigmatismo detrás de la retina cuando yo, que sólo empleo y me fío de métodos directos objetivos, lo he encontrado siempre delante». «Eso le sucede», contesté, «porque usted no hace skiascopia dinámica». «¿Y eso qué es?», me preguntó. «No puedo satisfacer su curiosidad con una simple respuesta», repliqué, «pues se trata de todo un sistema; pero es el medio de acabar con la incertidumbre, haciendo que se revelen, para poderlos ver y medir, los caracteres individualísimos de los casos, sin hacer preguntas ni poner esas gotas peligrosas con las que quieren paralizar la acomodación, sin lograrlo, cuando se trata de personas jóvenes, cuyas energías ciliares son muy activas».

Siete años después fui cortésmente invitado a

explicarlo extensamente, como lo hice, en presencia de los oculistas argentinos y de los delegados extranjeros, bajo la presidencia del eminente profesor Lagleyze, en esta escuela de medicina, en ocasión del último Congreso Médico Internacional, celebrado en Buenos Aires.

Y perdonéme que evoque este recuerdo personal que traigo a colación en apoyo de mi tesis, ya explicada en la prensa diaria, de ser a los optometristas a quienes se deben los únicos progresos realizados en óptica fisiológica en el último tercio de siglo.

Nosotros no vamos a experimentar proyecto alguno de resultados dudosos; pues contando con todos, absolutamente con todos los elementos de éxito, vamos a llevar a cabo lo que ya han hecho los ópticos de los Estados Unidos de América, autorizados por las autoridades gubernativas, y sólo por éstas, sin otra ingerencia, y con el aplauso, la aprobación y el respeto de todos; pues allí los optometristas (nombre adoptado por los ópticos que han hecho estudios completos, para diferenciarse o distinguirse), son unos profesionales que gozan de prestigios y consideraciones que han sabido ganar haciendo un trabajo científico infinitamente útil, según reconoció la autoridad de Javal; debiéndose su creación como elemento profesional que antes no existía, a la necesidad moderna de andar con anteojos o lentes un infinito número de personas que ven muy bien, pero que necesitan usarlos para tener salud; debiéndose esto a que ya no se discute que son muy pocos, rarísimos, los ojos sin defectos; siendo famosa la afirmación de Donders, al decir un día: «Si a mí un óptico me hubiera construido un aparato visual tan defectuoso como lo es el ojo humano, se lo hubiera devuelto».

Sin haber hecho estudios especiales de carácter profesional, nadie se figura el enorme trabajo que hacen los ojos. El iris, contrayéndose y dilatándose para dar entrada únicamente a la luz necesaria; la acción del músculo ciliar cambiando la forma del lente cristalino, a fin de que el ojo esté acomodado siempre para ver distintamente, a cualquier distancia que se encuentre el objeto que se mira; la actividad físico-química, aún no bien conocida, de la retina y del nervio óptico; ese pedículo de la masa cerebral que viene a buscar la luz para transformarla en sensación, a fin de que el cerebro «vea», están encargados de una labor tan constante y tan rápida, que hace imposible se halle subordinada a la voluntad; y como todo acto visual envuelve un triple trabajo de los doce músculos que mueven los ojos, por tenerlos que conservar en el mismo plano, interceptar sus ejes en el punto de fijación y sostener el paralelismo, también este aparato motor se cansa generando síntomas penosos de «astenopia»; por lo que hay que estudiarlo y ayudarlo, asimismo, con unos lentes, aunque el interesado no se dé cuenta ni sospeche nada porque vea muy bien y porque los ojos no ofrezcan a la simple inspección nada anormal.

En cuanto a la distinción de quiénes, entre oculistas y optometristas, están en mejores condiciones para hacer ese trabajo, ella debe hacerla el público; pues me parece de mal gusto venir a repetir aquí «en familia», donde no me pueden replicar, lo que durante algunos meses he estado diciendo en la prensa periódica, sin que haya habido nadie que, a ese respecto, me haya contestado una palabra.

Nadie se va a lucrar con nada de lo que nos proponemos hacer, y yo me ofrezco, por mi parte, desinteresadamente, para dar un curso de perfec-

cionamiento a los alumnos que alcancen la necesaria progresión en sus estudios; y con tal vehemencia me han hecho sentir el deseo los intereses rivales (sin proponérselo, es bien claro) de ver triunfar la optometría en la Argentina, que haré todo lo que pueda pecuniariamente también, dentro de los medios de que dispongo, si para la satisfacción de este anhelo tengo que imponerme ese sacrificio.

Enseñaré, pues, skiascopia dinámica, tratando de que los optometristas de Buenos Aires alcancen en general, una instrucción superior a la de los de Nueva York, Boston, Filadelfia y Chicago, donde existe tal confusión en la materia, tal vez sin intención, al explicar, como lo hacen, un método ortodoxo y otros dos heterodoxos, que aún están los ópticos de Londres, que hay que creer saben inglés, después de 14 años que llevan haciendo preguntas, y no obstante tener la obra del autor, sin saber a ciencia cierta lo que la skiascopia dinámica significa y lo que puede hacer.

La enseñanza en la Academia, que durará más o menos con arreglo a los conocimientos adquiridos, comprenderá las materias siguientes: Teoría: Óptica física; Anatomía y fisiología normales de la región ocular; lentes oftálmicos; Anomalías de la refracción visual y sus correcciones por métodos subjetivos y objetivos; Trastornos en la motilidad y sus correcciones prismáticas, y Anatomía patológica (nociones, sirviéndose de atlas, por la conveniencia de saber, cuando se debe aconsejar el auxilio médico, sin la pretensión de hacer diagnóstico). Práctica: Disección en animales inferiores; Oftalmoscópio; Retinoscópio; Oftalmómetro (provisionalmente hasta dominar otros medios más exactos); Forómetro; Cicloforómetro, y nociones de los trabajos, adquiridas en uno de los talleres completos de la ciudad; y tan pronto como hayamos terminado la organización por haber completado la lista de profesores, adoptado los métodos y autores en el programa de estudios y dado principio a las clases, tendremos el honor de comunicarlo al Ministerio de Instrucción Pública, a la Academia de Ciencias, a la Academia de Medicina y al Honorable Consejo Nacional de Higiene, solicitando las inspecciones que se consideren convenientes a los fines enunciados.

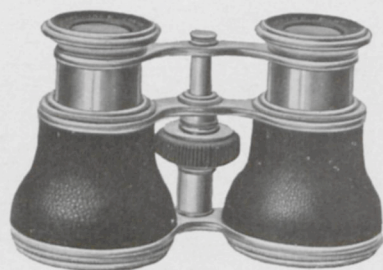
Los hombres, ya es sabido, aunque sociables por naturaleza e instinto, no estrechan nunca lazos de unión más que desarrollando su inteligencia y elevándose sobre la ignorancia y el egoísmo; siendo este desarrollo, esta cultura del espíritu, la que hace tolerable la competencia, transformándola de agresiva que suele ser, en noble emulación que promueve la estima y el respeto mutuo para la tranquilidad, el progreso y el bienestar de todos; pues sólo los pueblos primitivos viven en guerra perpetua y aferrados al presente, faltos de sentido histórico para la visión del porvenir.

Por lo tanto, salgamos lo más pronto posible de esta vida de inercia que nos empuja y nos anula, y entremos resueltamente en la senda del progreso que es movimiento y vida, aunque también es sacrificio, para alcanzar nuestro mejoramiento y el de la sociedad en que vivimos, que utilizará, aplaudirá y recompensará nuestros adelantos en esta generosa tierra argentina; teniendo la seguridad de que ningún esfuerzo inteligente y útil se pierde en esta vida.

Sólo me resta dar en nombre de esta Asociación y en el mío propio las más cumplidas gracias a la dirección de «La Prensa», por su generosa hospitalidad que nos permite celebrar este acto en tan hermoso palacio.

He dicho.





**Optica especial "COLON"**  
en los gemelos para teatro  
"LEMAIRE". Unica com-  
binación de cristales que  
permiten apreciar en todo  
su brillo la escena de nues-  
tro teatro Municipal.

Exclusividad de la casa  
**Lutz, Ferrando y Cía.**  
Florida, 240. - Buenos Aires

## LA CAZA DEL RINOCERONTE

Como para dar idea aproximada de lo que fué la monstruosa fauna antediluviana, la naturaleza ha conservado algunos ejemplares de animales que parecen vivir lejos de su ambiente. A esta clase pertenece el rinoceronte, monstruo pacífico que se halla actualmente en las zonas tropicales de Asia y Africa, donde es buscado por los cazadores de grandes piezas.



## Muebles

norteamericanos  
para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.  
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

## Construcciones especiales para la campaña Mampostería en cemento armado Sistema «CHACON»



Certificado de los señores  
Rivero Hermanos:

Buenos Aires, diciem-  
bre de 1915.

Tenemos el agrado de manifestarles, que hemos quedado completamente conformes con los edificios de la capilla y de la escuela, que han levantado ustedes en nuestro establecimiento «Salquilco».

Los contratos de estas construcciones han sido cumplidos por ustedes en todas sus partes y a nuestra entera satisfacción.

El sistema «CHACON» empleado en estos edificios, nos empenaremos en recomendarlo por su solidez, economía y rapidez en su ejecución, reconociendo además un buen gusto en los frentes y la comodidad en los planos presentados por ustedes. Aprovechamos esta oportunidad para saludarlos attos. y Ss. Ss.

Rivero Hnos.

La SOLIDEZ de nuestras construcciones, su poco costo y buena estética, confort e higiene y el poco flete y rapidez que se emplea para construirse, hacen a nuestro SISTEMA «CHACON» (Pat. 11890) merecedor de ser el más usado en toda la República y es recomendado por nuestra clientela como el más conveniente para la campaña.



Un certificado concienzudamente y espontáneamente dirigido a nuestra casa.

Concordia, marzo 25 de 1917.

Señores Chacón & Hnos.—Buenos Aires.

Muy señores míos: Tengo el agrado de expresarles mi absoluta conformidad al chalet que me construyeron ustedes. Esta impresión es tanto más espontánea y sincera cuanto que la manifesté un año después de habitar el edificio, esto es, cuando he podido apreciar sus verdaderas condiciones. Pienso que con las construcciones «sistema Chacón» realizan ustedes un ideal representado por las siguientes ventajas esenciales: el precio, la seguridad, la higiene y la elegancia arquitectónica.

Les saluda atentamente su afectísimo S. S.  
Antonio L. de Luque.

Para informes, presupuestos, planos y catálogos, GRATIS, dirijan su correspondencia a

**R. CHACON Hnos.**

ALSINA, 1537 - Buenos Aires.

U. Telef., 5448, Libertad.



## GATOS DE ANGORA

SANGRE PURA, BLANCOS Y  
DE COLOR

EN VENTA:

"VILLA EXCELSIOR"

CALLE JURAMENTO, 5148

VILLA URQUIZA (CAPITAL)



## PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA  
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bz. Aires.

### PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

|                               |             |
|-------------------------------|-------------|
| Trimestre (3 ejemplares)..... | \$ 3.— m/n. |
| Semestre (6 " ).....          | " 6.— "     |
| Año (12 " ).....              | " 11.— "    |
| Número suelto.....            | " 1.— "     |

### EXTERIOR

|                    |            |
|--------------------|------------|
| Año.....           | \$ oro 5.— |
| Número suelto..... | " 0.50     |

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.





La limousine Studebaker  
es el coche de suprema distinción en que  
se han reunido todas las características  
que dan fama en el mundo al nombre

*Studebaker*

Es un coche lujoso por su aspecto: regio  
por su comodidad y por su tapizado, y  
sin embargo su precio es quizás la tercera  
parte de lo que cuestan otros coches  
que en nada lo aventajan.

D. B. RICHARDSON, Representante  
AVENIDA DE MAYO, 1235 - Buenos Aires

**The Studebaker Corporation of America**

Concesionarios en el Uruguay: COATES Hnos. - Sarandí, 452.  
Montevideo





# PHILIPS ARGA

50 bujías 220 volts,  
acaban de llegar, se  
venden en todas partes

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA).  
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.



